

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES -  
SEDE ECUADOR**

**TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS  
SOCIALES CON MENCIÓN EN ANTROPOLOGÍA  
CONVOCATORIA 2006-2008**

**TITULO**

**La ciudad de Quito entre 1930 y 1975 en la memoria femenina y masculina del sector  
medio. “Las mujeres eran unas Diosas, no sé de qué se liberaron”**

**AUTOR: María Liliana Cristina Solís Chiriboga**

**Quito, 2009**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES -  
SEDE ECUADOR**

**TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS  
SOCIALES CON MENCIÓN EN ANTROPOLOGÍA  
CONVOCATORIA 2006-2008**

**TITULO**

**La ciudad de Quito entre 1930 y 1975 en la memoria femenina y masculina del sector  
medio. “Las mujeres eran unas Diosas, no sé de qué se liberaron”**

**AUTOR: María Liliana Cristina Solís Chiriboga**

**DIRECTOR DE TESIS: Dr. Eduardo Kingman Garcés**

**LECTORES: Xavier Andrade**

**Dra. Carmen Martínez**

**Quito, 2009**

**A mi padre y a mi madre, Alejandro y Graciela quienes desde su conciencia individual buscaron permanentemente trascender para ser parte de un colectivo, y en esa búsqueda tejer los hilos de la historia de su vida personal con los hilos de la historia de su lugar de pertenencia, y con los de su tiempo vital, que como resultado de ese tejido se vuelve su tiempo histórico.**

**A mi hija Micaela y a mi hijo Antonio, por permitirme con sus vidas, con su presencia, con sus cuestionamientos, con su amor trascender mi individualidad para seguir en el eterno desafío de buscarme renovada más allá de mis límites. Y por reconocerlos y reconocirme en la trama de esta historia.**

## **Agradecimientos**

**A Alejandro Solís, Jorge Araujo, Graciela Chiriboga, Rosa Laura Rúales, Victoria Zapata, Fabiola Jaramillo, Lola Delgado, Fanny Alicia Albornoz y Anita María Espín, por la generosidad en compartir sus recuerdos, por hacer memoria de lo que fue la historia de su vida y con ello permitirme narrar, desde su visión y representación, un relato de la sociedad en la que vivieron.**

**Al Dr. Eduardo Kingman, director de taller y de tesis, por la precisión en sus orientaciones, por la sutileza con la que supo hacerme regresar al camino de la investigación cuando daba pasos en falso y por la agudeza y oportunidad de sus comentarios.**

**A Micaela y Antonio, hijos míos, por acompañarme en los desafíos que emprendo y por apoyarme en los desafíos que la vida, unilateralmente, impone con sus temporadas de tormenta y vientos en contra.**

## **INDICE**

<b>Resumen.....</b>	<b>6</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>9</b>
<b>Cap. 1: Antecedentes. Contexto histórico.....</b>	<b>13</b>
<b>Cap. 2: Mujer y sociedad en el Quito de los años 30 al 50.....</b>	<b>26</b>
<b>Cap. 3: Lo masculino en la ciudad de Quito en las décadas del 30, 40 y 50.....</b>	<b>51</b>
<b>Cap. 4: Dando el Salto a la segunda mitad del siglo XX.....</b>	<b>73</b>
<b>Conclusiones generales.....</b>	<b>94</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>97</b>

## RESUMEN

El acercamiento a la ciudad de Quito entre 1930 y 1975, desde la memoria femenina y masculina del sector medio, si bien requiere la comprensión de los procesos y transformaciones desatados en esas décadas, también requiere de la comprensión de una serie de reformas y transformaciones económicas, políticas y sociales que tuvieron inicio a principios de siglo XX en el país y en la ciudad de Quito, que fueron implementadas gracias a la iniciativa del Estado, de las autoridades municipales y de la sociedad misma, y que dieron lugar a una modernidad incipiente. Las reformas de este período, incluyen esfuerzos que van desde el interés por consolidar e institucionalizar el Estado Nación a través de la creación de instancias destinadas a regular las actividades monetarias, bancarias, administrativas, aduaneras, jurídicas, de seguridad social hasta el interés de consolidar un proyecto de nacionalidad y ciudadanía a través de reformas educativas, de salubridad, ornato y urbanismo.

Los vientos de modernidad que soplaban por América, resonaban en Ecuador, las reformas a la estructura del Estado así lo anunciaban, sin embargo ciertos aspectos culturales y sociales como la discriminación étnico-racial-económica y de género se mantuvieron excluyendo a grandes sectores poblacionales de la vida pública y política del país. Las reformas impulsadas desde el Estado y que quedaron plasmadas en las diferentes constituciones que se promulgaron en Ecuador desde el período liberal hasta la década del sesenta, (1929, 1945, 1946, 1967) pretendieron garantizar en términos discursivos la igualdad de los ciudadanos ante la ley, es decir establecer una ciudadanía sin distinción de sexos, ni de extracción social ni de procedencia étnica o “racial”, pero a pesar de las reformas políticas, jurídicas y económicas que había sacudido al país durante la primera mitad de siglo XX, la sociedad quiteña seguía siendo ordenada según criterios de exclusión de género, “raza” y clase. Se trataba de una sociedad en la que los hombres “blanco-mestizos” ocupaban el centro de la escena pública mientras que la mayoría de las mujeres de esta condición apenas se estaban abriendo paso más allá de la esfera privada.

En el período comprendido entre los años 30 y 50 en la sociedad quiteña, se implementaron una serie de mecanismos para mantener el ordenamiento social y sexual considerado apropiado para hombres y para mujeres, los que impusieron en la cotidianidad formas de pensar y de actuar según el género y según el grupo social al que se pertenecía. Durante este período los hombres del sector medio de la ciudad de Quito, interactúan en espacios sociales diversos como son los lugares de trabajo, cafés, teatros, cine, bares, calles, plazas, cantinas y cabarets, espacios estos que les permiten relacionarse hacia fuera del espacio privado, y con ello transitar natural y libremente por el espacio público, situación que contrasta con la de sus pares femeninas, pues la mayoría de ellas estaba “naturalmente” confinada al espacio de lo privado

Parece ser que, la modernidad, tal como se la concibió hasta la primera mitad del siglo XX, no constituía un proyecto aplicable del mismo modo al conjunto de sectores sociales (Kingman, 1999). En la ciudad de Quito, la adopción de nuevas prácticas culturales y sociales se asoció con la modernidad, entonces lo “moderno” sirvió como mecanismo de distinción de lo no moderno: lo no urbanizado y lo indígena. Pero, como lo sostienen Kingman y Salman, no se trata de un movimiento diacrónico que lentamente aplastaba a lo “pre-moderno” sino que las actividades diarias dentro de la sociedad y el mundo político se basaban en yuxtaposiciones. Se mezclan lógicas “modernas y no modernas” y esto regía tanto para las relaciones de Estado con la sociedad civil como para los tratos cotidianos. (Salman y Kingman: 1999:42).

En estas tres décadas, las diferencias de género tuvieron mucho peso en el ordenamiento de la sociedad, pero también lo tenían aquellas que instituían la diferencia por pertenencia de clase (sector social) y por pertenencia a un grupo étnico o “racial”, sin embargo, hacia los años sesenta, algunas de esas fronteras se fueron flexibilizando, sobre todo las de pertenencia de clase, gracias a que el tránsito de la ciudad de Quito a la modernidad, también supuso el paso de una sociedad estamentaria a una sociedad organizada en función de clases, ese movimiento permitió que aspectos como la educación, el apellido, las relaciones sociales, la profesión, la ocupación laboral, el sector de residencia, la adquisición de hábitos reconocidos y valorados como lo deseable (como las

formas de vestir, de comportarse frente a las mujeres y /o frente a los otros hombres, el gusto por lo refinado, etc.) produjeran un lento reordenamiento a nivel social, beneficiando, sobre todo, a los hombres del amplio y heterogéneo sector medio en esa transición la población se movía en un campo de fuerzas, en el sentido de Bourdieu, en el que aún era posible afirmar y reproducir anteriores formas de organización social, mientras emergen nuevas.

A partir de las décadas de los años 60 y 70, se empiezan a reflejar, más claramente, cambios en aspectos sociales y culturales que habían permanecido aletargados hasta la década del cincuenta, en lo que tiene que ver con las relaciones de género, es a partir de estas décadas que se da una amplia incorporación de la mujer a la educación primaria y secundaria, en un pequeño número, también a la universitaria, se eleva el porcentaje de mujeres vinculadas al trabajo asalariado gracias a la apertura de nuevos y diversificados espacios laborales, se regula la relación patronal con las mujeres vinculadas al servicio doméstico, entre otros. Logros de gran importancia, no obstante, sabemos que un gran número de mujeres pertenecientes al sector medio, y a otros sectores, todavía enfrentaban límites para acceder a espacios de realización y desarrollo fuera del ámbito de lo doméstico.



## INTRODUCCIÓN

Esta tesis se centra en el interés de entender como “memoria individual y experiencia urbana” se entrelazan en las historias de vida de un grupo de pobladores de Quito y adquieren un rol determinante en la percepción que estas personas tienen de los procesos sociales que vivieron. El interés en este tema se generó en mi, debido al hecho de haber crecido en el seno de una familia que introdujo como parte de su permanente dinámica, la narración de hechos pasados e historias de vida cuyos protagonistas eran personajes tan cercanos como mi padre y madre, los abuelos, los parientes, los amigos de la familia, o tan distantes como los compañeros de trabajo de mi padre, los conocidos de la familia y uno que otro personaje público. Estas narraciones, me mantuvieron contactada siempre con el adentro y el afuera de la familia, entrelazaban para mi, en un juego interminable, lo cotidiano con lo político, lo privado con lo social, el pasado con el presente. Tan fuertemente influyeron en mi percepción de la historia estas historias, que ahora me empujan a indagar ¿cómo la memoria individual de lo cotidiano puede aportar a la reconstrucción de representaciones sobre los procesos culturales y sociales que se desarrollaron en un contexto temporal determinado?

Esta pregunta se convirtió en el eje de esta investigación, es por eso que las historias de vida adquieren en este trabajo una importancia metodológica fundamental como fuentes de información histórica. Es a través de las historias de vida de un grupo de personas que habitaron la ciudad de Quito, en la décadas que van de 1930 a 1970 que se pretende la reconstrucción de las representaciones de la historia socio-cultural del Ecuador, en ese período.

Lo importante de esta reconstrucción, vendría a ser, siguiendo las palabras de Portelli, el hecho de indagar sobre cómo los protagonistas de determinados acontecimientos sociales elaboran su memoria sobre los hechos en un momento histórico concreto, con independencia de lo que se podría considerar como coincidencia exacta entre hecho de la realidad y el relato de la realidad. Para este autor, lo que debe preocupar de los testimonios de aquellos que “hacen memoria” no es la inexactitud del recuerdo

(inexactitud de la que frecuentemente son conscientes, pero de la que prescinden) sino el significado que poseen (cf. Portelli, 1996).

Se recabaron nueve historias de vida; dos de ellas fueron la base, las de un matrimonio de clase media, vinculado a este sector social gracias a la carrera militar del esposo, alrededor de la pareja se identificó a una pequeña red de informantes, compuesta por cinco personas, que también se vinculan a la clase media gracias a su trabajo o el de sus maridos en la milicia o en la burocracia. Otras dos historias de vida se recogieron independientes a este círculo, con el fin de introducir una perspectiva comparativa. El sesgo de la investigación está relacionado con el hecho de que la pareja base son mi padre y mi madre y la pequeña red de informantes son parientes y allegados a la familia.

Para efectos de la investigación, se tomó como contexto temporal de los testimonios al período comprendido entre 1930 y 1975, pues en ese período se vivieron acontecimientos importantes que afectaron la estructura política, económica y cultural de la sociedad ecuatoriana, ya que abarca la época de tránsito de la sociedad ecuatoriana y de la ciudad de Quito hacia la modernidad, lo que se expresa en su expansión demográfica y física, el crecimiento del comercio y actividades industriales, los cambios en su relación con el sistema de hacienda. Una parte de la experiencia vital de los entrevistados, su infancia, juventud y adultez, se desarrolló en ese corte temporal, en ese sentido es que considero que ellos y ellas han sido actores y testigos de acontecimientos y/o procesos sociales y culturales importantes, pues “el testimonio oral se sustenta en la experiencia personal y situarse allí es centrarse en el sujeto en tanto agente y narrador” (Carnovale y otros, 2006:37), por eso aunque la historia oficial no recupere “la memoria de la gente común” como una fuente histórica válida, aquí cabe la posibilidad de recurrir a su memoria, a los recuerdos y a los olvidos de su vida cotidiana para traer al presente su percepción sobre las transformaciones políticas y sociales, económicas y culturales

Esto implica que, para este trabajo, la memoria de estos protagonistas no solo recuperará sus experiencias y su voz, sino otras muchas, lo que posibilitaría la reconstrucción de una memoria social desde perspectivas que no aparecen ni en la historia

oficial, ni en documentos institucionales, y que además permitirá un acercamiento a las percepciones y sentidos que esos personajes otorgan a las experiencias y a los hechos vividos. Según Halbwachs (2004), la memoria antes que ser estrictamente individual, es eminentemente colectiva y está construida en procesos de interacción social que atan, presente, pasado y futuro. La memoria individual no es más que un punto de vista de la memoria colectiva, y esta última es una conciencia del pasado compartida por un conjunto de individuos, pero también un conjunto de representaciones colectivas.

El contexto espacial lo define la ciudad de Quito, interesa saber las formas particulares en que la modernidad fue penetrando la vida cotidiana y la vida pública de las personas que habitaban en Quito, reconociendo que los pobladores de las ciudades no solo las habitan, sino que están envueltos en un juego dinámico de relaciones y representaciones que se expresan en sus prácticas cotidianas, en sus concepciones, en sus imaginarios y en sus *habitus*, en términos de Bourdieu, que condicionan la forma de actuar, de pensar, de sentir y los estilos de vida de las personas. Mi criterio, es que ese proceso de tránsito a la modernidad, fue vivido de forma distinta por las personas dependiendo de su condición étnica y de género y de su posición de clase.

En los tratos cotidianos se pone al descubierto, lo que Foucault (1991) denomina *la microfísica del poder*, es decir que estos brindan la posibilidad de mirar el poder no solo desde su perspectiva macro, sino desde la multitud de actos que a diario son protagonizadas por las personas como las diferenciaciones de género, clase, étnico, culturales que pueden originar prácticas de distinción, exclusión, discriminación, normas y criterios de normalidad, y una serie de discursos que entorno a ello. Entonces surge otra pregunta ¿De qué manera la memoria de lo cotidiano contribuye a identificar ese juego de poder en la construcción de las diferencias de las relaciones de género, de clase y étnicas y las formas como éste se expresa en las esferas de lo público y lo privado?

La categoría clase es muy controversial y puede ser utilizada desde varios planos, sin embargo, para este trabajo se entenderá como Bourdieu propone, es decir como una diferenciación que atiende no únicamente a las propiedades o a las relaciones de

producción sino a la manera en que estas propiedades o relaciones conforman un *habitus* de clase determinado que se sostiene con las prácticas de las que es producto. De una manera concreta, el *habitus* depende de las relaciones que existen entre el capital económico y el capital cultural de un individuo o grupo. Bourdieu concibe las clases sociales más bien como una jerarquía de ocupaciones, que distinguen a las personas por sus rentas y hábitos de consumo y por el prestigio social que se les concede, es así que las diferentes fracciones de clase se definen de acuerdo con el criterio de ocupación y no como fracciones de clase en el sentido marxista. (Cfr. Bourdieu, 1988).

La categoría género se entenderá como la utiliza el feminismo en las ciencias sociales, es decir, como el conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones que cada sociedad construye al simbolizar la diferencia, que reglamenta y condiciona la conducta objetiva y subjetiva de las personas, atribuyendo características distintas a cada sexo. (Lamas: 1993).

## **CAPITULO 1**

### **ANTECEDENTES Y CONTEXTO HISTORICO**

En esta sección se pretende identificar el escenario social, político y económico en el que la modernidad fue penetrando al país y a la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad de Quito. Sin embargo de que el período de análisis para esta investigación se refiere a los años que van de 1930 a 1975, para la comprensión de los procesos y transformaciones desatados en esas décadas, es necesario hacer referencia a una serie de reformas y transformaciones económicas, políticas y sociales que se comenzaron a implementar desde principios de siglo XX en el país y en la ciudad de Quito, gracias a la iniciativa del Estado, de las autoridades municipales y de la sociedad misma, y que dieron lugar a una modernidad incipiente. Las reformas de este período, incluyen esfuerzos que van desde el interés por consolidar e institucionalizar el Estado Nación a través de la creación de instancias destinadas a regular las actividades monetarias, bancarias, administrativas, aduaneras, jurídicas, de seguridad social hasta aquellas vinculadas al control de las actividades culturales como las educativas, salubridad, ornato y urbanismo.

#### **Visos de modernidad en la primera mitad del siglo XX**

Clark (2004) afirma que, en la primera década del siglo XX, la construcción del ferrocarril, había traído mejoras en la comunicación y el transporte entre la costa y la sierra, especialmente entre Quito y Guayaquil, hecho que modificó ciertas dinámicas económicas y políticas que tuvieron profundos efectos en la construcción de relaciones sociales en la nación ecuatoriana. Para Kingman, la presencia del ferrocarril, a partir de 1912, promovió el desarrollo y la diversificación del mercado interno, este hecho se suma a una industrialización incipiente con una base reducida y subordinada a la agro-exportación y a un, también incipiente, proceso de modernización que introdujo una serie de reformas a la

estructura de la hacienda, y a la estructura del mismo Estado. Estos hechos abrían el paso a una nueva dinámica económica, social y cultural, en la que nuevos sectores y nuevas relaciones sociales saltaban a la escena, como aquellas que, en términos generales, podrían llamarse relaciones de clase (Kingman, 2006: 225).

El historiador Ayala Mora sostiene que, con la revolución liberal, el Estado recobró el control sobre amplias esferas de la sociedad civil que estaban en manos de la Iglesia como la educación oficial, el Registro Civil, la regulación del contrato matrimonial y la beneficencia. Estas instituciones fueron violentamente arrebatadas de manos clericales y confiadas a una nueva burocracia secular, de acuerdo a Ayala estas transformaciones fueron innovaciones políticas e ideológicas, orientadas a consolidar mecanismos de reproducción del sistema capitalista en asenso, con ellas se aseguró la burguesía comercial su control del Estado (Ayala, 2005:88).

En el ámbito educativo fueron muy importantes aquellas reformas introducidas por el liberalismo para promover la secularización de la sociedad, como las del establecimiento de la educación laica como sistema de enseñanza y de la escuela como institución especializada independiente de la familia y de la iglesia. El laicismo como ideología del estado liberal, defendió la necesidad de separar la escuela del sistema clerical y se preocupó por el incremento de los establecimientos financiados por el Estado.

A partir del año 1925, según lo afirma Ayala, los militares julianos en su paso por el poder trajeron otra serie de innovaciones que favorecieron a los sectores medios, principalmente a la burocracia, e impulsaron la modernización del aparato estatal. Las transformaciones fiscales limitaron el poder de la Banca y centralizaron la dirección de la economía (Ayala Mora, 2005: 94). Todo el proceso de reorganización y crecimiento del aparato estatal llevado a cabo desde mediados de la década del veinte y durante toda la del treinta produjo un acelerado ascenso a los cargos burocráticos que empezaron a crearse. “Estos empleados acarrearón el fortalecimiento económico y la expansión de este sector que contribuyó a darle un carácter nuevo a la sociedad” (Durán, 2000:20-21).

De acuerdo a Durán, también se advierte un marcado intento de encuadrar jurídicamente dentro de la estructura estatal, a las instituciones antiguas y a las que se iban creando, dependiendo de la naturaleza de cada una de ellas. Entre las entidades estatales representativas de las aspiraciones de esa época, cabe mencionar al Ministerio de Previsión Social y Trabajo, creado en septiembre de 1925, el Banco Central del Ecuador, la Contraloría, estas últimas inauguraron en el país las actividades de control del manejo económico de los fondos públicos y el establecimiento de límites a la Banca privada. (Ídem: 21).

Esta autora, describe la década de los treinta, como marcada por la crisis de la producción y exportación cacaotera, detonante de una prolongada depresión económica, que incidió de forma determinante en el resquebrajamiento del poder hegemónico de la burguesía agro-exportadora, mientras que los sectores medios, la clase trabajadora, los nacientes partidos políticos y antiguas asociaciones gremiales, saltaron a la escena reclamando espacios de participación económica y/o política. En lo administrativo fueron creadas importantes instituciones que incidieron sobre los sectores medios, como el Instituto Nacional de Previsión fundado en 1936, entidad que asumió la supervisión y fiscalización de la caja de Pensiones que había sido establecida en 1928 para atender las necesidades de los empleados públicos y que, por los años 1936 y 1937 fue reformada radicalmente; y posteriormente, la Caja del Seguro de Empleados Privados y Obreros Industriales constituida por ley en el año 1937 para vigilar los intereses de esos sectores. Estas instituciones, sustentadas con el aporte de los trabajadores y empleados se propusieron como un sistema de protección social que procuró ser eficaz y que comprendió el otorgamiento de seguros de salud, pensiones de retiro o jubilación, préstamos para solucionar los problemas de vivienda y facilitar la adquisición de terrenos, prestaciones en especie y en dinero, y cobertura de los riesgos de maternidad, enfermedad, invalidez, vejez y muerte.

Otra institución sometida a reformas fue la militar, ésta vivió un proceso de profesionalización desde principios de siglo, el mismo que continuó a lo largo del siglo XX y tuvo mucho peso en la construcción de imaginarios en torno al Estado, la nación, y al

significado de ciudadanía (Cfr., Ortiz: 2006). La Escuela de Artillería e Ingenieros del Ejército, fundada en 1936, dio inicio a la formación de oficiales profesionales en estas ramas. En 1944 el Colegio Militar “Eloy Alfaro” adquirió categoría de establecimiento de segunda enseñanza, con el objeto de formar bachilleres integrales que sirvieran en el Ejército (Duran, 2000:23). El Ejército fue un factor importante en el desarrollo de las clases medias.

En el campo de la educación, según Goetschel, la revolución liberal introdujo grandes transformaciones en el sistema educativo ecuatoriano durante la primera mitad del siglo XX. Estas nuevas prácticas educativas se implementaron en dos momentos diferenciados, de 1910 a 1930 y a partir de 1932, estas últimas tienen que ver con innovaciones en la educación física, la higiene y los textos escolares. Los normales Manuela Cañizares y Juan Montalvo de Quito fueron los primeros centros educativos en donde se empezaron a aplicar las nuevas ideas pedagógicas en el Ecuador y a partir de 1934, el colegio femenino 24 de Mayo de Quito se convirtió en el colegio secundario experimental del nuevo sistema en el que la gimnasia, la higiene, la economía, permitían preparar seres disciplinados, sanos, fuertes y bien conformados lo cual conducía a “un mejoramiento de la raza” (Goetschel, 2007:120-121). Otros colegios fiscales importantes fundados por esos años y que pretendieron responder a los requerimientos de esta nueva educación, son el Colegio Profesional “Gran Colombia” que funcionó a partir de 1935, y al Colegio Nacional “Montufar” que inicio sus actividades en el año 1941 (Duran, 2000:22).

En escuelas y colegios se imponía el disciplinamiento corporal a través de ejercicios, caminatas y marchas, con pasos y movimientos enérgicos, manteniendo el cuerpo erguido, y en “columnas” con “escuadras”, al son de una banda o cantando aires marciales. Esto de hecho coadyuvaba a “un mejoramiento de la raza”, Goetschel sostiene que en Ecuador el mejoramiento de la raza, no fue definido en términos de diferencias biológicas a nivel genético, sino más bien en términos culturales, se consideraba que ciertos comportamientos podían dañar a las futuras generaciones, y afectar al proyecto de construir “un conjunto nacional compacto”. La educación física era “uno de los mejores medios para la regeneración de un pueblo y el encarrilamiento hacia la verdadera y



completa cultura (Goetschel, 2007:122), además ésta contemplaba también la higiene escolar; debido a ello, los maestros debieron asumir el rol de supervisores de aseo, así la institución educativa se convertía en un medio de reforma de los individuos y de la sociedad, pasaba a dirigir buena parte de las funciones de organización de la vida de los estudiantes que antes se atribuía a los padres, en este caso relacionadas con el cuidado del cuerpo y con el decoro personal, los padres debían aprender de la escuela estas medidas disciplinarias, que permitían, la formación de una “cultura común” o “nacional” e incluso una “ciudadanía popular”. (Ídem: 127). La institución educativa, pasa a ser entonces, un espacio privilegiado, en donde como afirma Foucault (1991) el poder se materializa a través de diferentes formas de disciplinamiento que apuntan al control y que buscan disciplinar el cuerpo y la mente de las personas para que se desenvuelvan como se espera de ellas.

Para fines de la década de los 40 y durante toda la década del 50, el Ecuador logra reactivar su economía gracias a que se articula nuevamente al mercado internacional, a través de las exportaciones de banano. Desde la crisis del modelo primario exportador basado en las exportaciones del cacao, el país había tratado de mantenerse en base del aprovechamiento de ciertas coyunturas que ofrecía el mercado externo, diversificando las exportaciones y dándoles competitividad con sucesivas devaluaciones y con el permanente deterioro de los salarios. Con esta etapa del auge bananero, el Ecuador entra en un sostenido proceso de modernización de la economía y de la sociedad, ligado a la recuperación del modelo primario exportador (Villalobos, 1996: 83). Para Ayala (2005) la producción y exportación de este nuevo producto tropical, dio a la economía ecuatoriana una posibilidad de expansión que se reflejó no solo en la dinamización del comercio internacional, sino también en la apertura de nuevas fronteras agrícolas, el ascenso de grupos medios vinculados a la producción, así como al servicio público y el comercio, el fortalecimiento del sector de trabajadores y obreros.

Pero es solo a partir de la década del sesenta que se impone un proyecto modernizador más definido, se rescata la importancia del sector industrial como nuevo motor del desarrollo nacional, se robustece del capital financiero, se dan grandes transformaciones en el agro vía reforma agraria, en base a ello nuevos actores sociales,

nuevas contradicciones y alianzas políticas, económicas y sociales se van configurando.

Claro que estamos hablando de un proceso en el que el peso de la hacienda y la sociedad tradicional continua operando sobre todo en términos culturales y de mentalidades.

### **Reformas urbanas en Quito**

El espíritu reformador de la Nación que imperaba en la primera mitad del siglo XX y que incluía esfuerzos por modernizar y consolidar el Estado, afectaba directamente el orden social, económico y político de la sociedad ecuatoriana en general y de la quiteña en particular. Quito, como ciudad capital de la República, intentaba adquirir cierta jerarquía, no solo en términos políticos y económicos, sino culturales también, frente a las demás ciudades del país, al mismo tiempo que pretendía tomar distancia y demarcar fronteras con el mundo rural.

Es por esto que la propuesta de organizar y uniformizar los comportamientos de la población a través de la imposición de nuevos hábitos de higiene, disciplinamiento y cuidado del cuerpo, promovida por el Estado a través del sistema educativo, del sistema de salud y del sistema de seguridad social, se adoptó y reprodujo en el espíritu de las reformas urbanas promovidas por los higienistas y la administración municipal de la ciudad de Quito (Kingman, 2006).

Kingman en su libro “La Ciudad y los Otros” sostiene que el higienismo quiteño, comenzó a desarrollarse a finales del siglo XIX, pero solo alcanzó su plenitud en las décadas del 30 y el 40 del siglo XX, al formar parte de una acción de mayor alcance que va en la línea de la bio-política; en ésta época comenzaron a predominar criterios científicos y técnicos orientados a garantizar el crecimiento de la urbe y el control de sus pobladores. El higienismo estuvo estrechamente ligado a las prácticas estatales y municipales de salubridad y seguridad social, así como a la educación. Su interés básico consistía en mejorar las condiciones de vida y de salud del conjunto de la población, el mejoramiento de los cuerpos y la modificación de las costumbres, o mejor dicho, la urbanización de las

costumbres y para ello se sirvió de un discurso científico que le permitía el control social sobre los cuerpos de los pobladores de la ciudad. Según este autor, un examen detallado de las diversas propuestas planteadas por el higienismo con respecto a la ciudad, nos podría mostrar cómo salubridad, limpieza y orden se erigieron como criterios civilizatorios y de ciudadanía contrarios a la insalubridad, suciedad y desorden provenientes del mundo rural o del marginal urbano. Para los salubristas de inicios del siglo XX, lo importante era el orden en el cuerpo social, por eso se hablaba de higienización de los ciudadanos y no de exclusión de los pobladores, pues se trataba de inculcar hábitos distintos en el pueblo (o en un sector de este) que dieran lugar a su “urbanización”.

Hacia la década de los treinta, como se mencionó antes, entraron en funcionamiento una serie de instituciones de corte moderno, ligadas a las prácticas higienistas como las de Previsión Social (más tarde llamada Seguridad Social) que se organizó como una institución capaz de brindar protección sobre el cuerpo útil de la población, así, las condiciones de trabajo, la enfermedad, la vejez, el acceso a la vivienda pasaron a ser preocupación de las autoridades. A través de los servicios de “salubridad” se constituyó un sistema de vigilancia y control a la población, mientras que con la “previsión social” se perseguía la generación de nuevos *habitus* ciudadanos entre los sectores populares.

Por el lado de la urbanización y previsión se desarrollaron los primeros programas de vivienda para clase media, construidos por el Seguro Social, mientras que por el lado de la salubridad y urbanización se fomentaron prácticas de higiene ciudadanas a través de campañas para la higienización de las viviendas y los vestidos, implementación de comedores populares, reglamentación para el funcionamiento de los mercados, reglamentación de visitas y controles médicos, se lanzaron proyectos de vivienda para obreros bajo la consideración de que una habitación sana contribuía al progreso del país, ya que permitía producir “un capital humano sano y de mentalidad y de trabajo de rendimiento eficiente. En Quito no se hablaba de “casa para obreros” sino de “habitaciones higiénicas”, la habitación higiénica era concebida como “el secreto para que la nacionalidad prospere y la raza se fortifique” (Kingman, 2006: 324)

## **Estado Nación y pretensión de homogeneidad**

El tipo de reformas implementadas tanto por el Estado ecuatoriano, como por el Municipio de la ciudad de Quito, con tintes “civilizatorios” evidencian que la misión de construir la nación, la nacionalidad y la ciudadanía estuvo ligada a la necesidad de formar un cuerpo social homogéneo, compacto, controlable, tanto en términos jurídico-administrativos como culturales.

La pretendida construcción de un Estado Nación moderno centralista, racional e institucionalizado conllevaba necesariamente la necesidad de “igualar a los ciudadanos y sus comportamientos” a través de la serie de reformas introducidas desde principios del siglo XX; sin embargo en la práctica cotidiana estas reformas no cuajaron rápidamente, convivieron y en ocasiones, entraron en contradicción, con viejas prácticas, representaciones y concepciones de los habitantes de la ciudad.

Sin embargo, de acuerdo a Ayala, el fuerte sentido corporativo y estamentario continuó más allá de las formulas republicanas; se mantuvo la discriminación racial, la exclusión de la mujer de la vida política; fuertes elementos aristocratizantes continuaron articulando las relaciones sociales, la cultura y la ideología; tradiciones paternalistas siguieron rigiendo las relaciones sociales. En la vida cotidiana, se dio más bien un fenómeno de continuidad colonial, a veces no reconocido por nuestros historiadores. En efecto, la sociedad estamentaria y tradicional siguió vigente en muchas de sus manifestaciones, dominadas por la religiosidad y la discriminación racial. El pensamiento liberal fue un permanente desafío a esa realidad, pero no logró imponerse sino cuando el siglo concluía (Ayala Mora, 2005: 73).

Según Kingman (2006) la modernidad, tal como se la concibió hasta la primera mitad del siglo XX, no constituía un proyecto aplicable del mismo modo al conjunto de sectores sociales, por lo tanto, debemos considerar que fue vivida de forma distinta por las personas según su condición de clase, étnica y de género, y a partir *del sentido común ciudadano* del que habla Guerrero (2000), aquel que establece diferencias en las

percepciones, *habitus* y prácticas de los diferentes grupos, y que definen el trato cotidiano entre ciudadanos.

Y que es justamente ahí, como lo analizó Guerrero en la época republicana, en esa pretensión de igualdad, de uniformidad de los ciudadanos, donde surgen las contradicciones con el *sentido común*. En términos de Guerrero, la ciudadanía debe concebirse en el sentido de campo de fuerza de los agentes sociales, y no focalizarla únicamente en su relación jurídico-política con el Estado, sino también en un contexto de estrategias cotidianas e inmediatas de poder entre las poblaciones, ya que “política, social y culturalmente, la significación de la ciudadanía en el tráfico inmediato diario depende de los campos, las coyunturas y las relaciones de fuerza en los que se cimienta (Guerrero: 2000: 12). De esto se desprende que la construcción de la ciudadanía tiene un referente jurídico definido en función del Estado y un referente en el *sentido común de las personas*, este último incorpora ciertas percepciones mentales y sensibilidades relacionadas con clasificaciones o divisiones sociales y étnicas de los ciudadanos. En Ecuador, según el autor, las percepciones de identificación y clasificación se vinculan a un sistema de *habitus*, históricamente constituido e incorporado por los grupos dominantes desde el período colonial, que interfiere con la práctica de una ciudadanía con pretensión de igualdad universal.

La pretensión de igualación ciudadana, en cada época pone en contradicción, por una parte, el ordenamiento de la población por el Estado y, por otra, las estrategias de clasificación establecidas por el *sentido común* en los intercambios cotidianos, el mismo que juega con una relatividad en las identidades que varía según los contextos del intercambio social, al aquí y ahora del trato cotidiano (Ídem: 22-23).

En la ciudad de Quito, la adopción de nuevas prácticas culturales y sociales se asoció con la modernidad. En muchos casos, lo “moderno” sirvió como mecanismo de distinción de lo no moderno: lo no urbanizado y lo indígena. Pero, como sostienen Kingman y Salman, no se trata de un movimiento diacrónico que lentamente aplastaba a lo “pre-moderno” sino que las actividades diarias dentro de la sociedad y el mundo político se

basaban en yuxtaposiciones. Se mezclaban lógicas “modernas y no modernas” y esto regía tanto para las relaciones de Estado con la sociedad civil como para los tratos cotidianos. (Salman y Kingman: 1999:42). ¿Qué efectos tuvieron esas transformaciones sociales y económicas en las mentalidades y en las representaciones de los quiteños en los tratos entre ciudadanos en la cotidianidad?

Respecto de la educación, sabemos que los colegios religiosos, a pesar de la secularización de la enseñanza, siguieron siendo considerados como una opción educativa válida para los sectores medios conservadores, muchos padres de familia pertenecientes a estos sectores no estaban dispuestos a enviar a sus hijos a instituciones laicas, mucho menos a sus hijas mujeres, muchas de ellas no asistían a ningún tipo de institución educativa, ni laica ni religiosa.

Los mejores colegios femeninos eran el 24 de Mayo y el Manuela Cañizares, eran muy buenos, pero como ésta ciudad, en general ha sido de tradición católica, las chicas como nosotras y las que tenían plata asistían a los colegios La Providencia y Los Corazones, hasta que se abrió el Americano, que fue exclusivamente para que estudien los hijos de ricos (Graciela Martínez, entrevista, 2007).

También sabemos que la sociedad quiteña, hasta entrada la segunda mitad del siglo XX, siguió privilegiando un sistema de dominación étnica y patriarcal, los hombres “blanco-mestizos”<sup>1</sup> de los sectores medios y de las élites ocupaban el centro de la escena pública mientras que la mayoría de las mujeres apenas se estaban abriendo paso más allá de la esfera privada. A pesar de que el Estado liberal, el sistema de educación laico y la emergencia de instituciones burocráticas favorecieron espacios para la participación de las mujeres como trabajadoras, profesionales, electoras, lo doméstico continuó siendo, para la mayoría de ellas, el único espacio posible.

...como monjita, vivía encerrada, al colegio acompañada, si no era de mi papá, de mi hermano, de la empleada, nunca solita, de esa estrictez ha sido mi vida, no he tenido tiempo de saber lo de afuera, me casé y dedicada a la casa, mi vida se concretó a la casa, atendiendo a mis hijos, aunque siempre tenía empleadas (Victoria Zapata, entrevista, 2009)

---

<sup>1</sup> Blanca Muratorio, en su libro *Imágenes e imagineros* publicado en el año 2004, señala que el término “blanco-mestizo” es aceptado entre los académicos andinistas para referirse a la categoría social de la población de origen blanco y mestizo, culturalmente diferente a la indígena y negra... (Pág. 21)

Por otro lado, un significativo grupo de habitantes de Quito, pertenecientes a sectores medios y altos, pero no exclusivamente, continuaba en muchos aspectos valorando lo aristocrático como lo supremo, por ello se despreciaba a quienes poseían una ascendencia mestiza. En efecto, estos prejuicios raciales constituyeron un factor muy influyente en muchos aspectos de la vida del país y casi determinante para los individuos que tenían ese origen (Duran, 2000: 28). En los discursos cotidianos términos como "gente decente" en oposición a "cholo", "longo", "chagra", "chulla" o "indio" continuaron siendo usados para identificar, diferenciar y clasificar a los diferentes grupos, pero sobre todo para marcar las fronteras culturales, raciales y étnicas, que entre ellos se habían levantado.

Longo, cholo, son dichos agresivos para molestar a la persona, sino es rubio, ni ojo azul, está jodido. Lo que marca, es que no son blancos, rubios o ojo azul, porque al que es así, no le dicen longo o cholo, le pueden decir chagra, porque si hay chagras blancos. La gente decente no tiene plata necesariamente, viene de familias tradicionales, de apellidos conocidos y tiene piel blanca (Graciela Chiriboga, entrevista, 2007).

. La planificación urbana de la ciudad, especialmente a partir de los años 40, reprodujo "técnicamente" en el espacio la diferenciación, clasificación y división social de la sociedad quiteña. Las familias adineradas se localizaban en espacios privilegiados y diferenciados de los sectores populares y del emergente sector medio, mientras que los barrios para obreros se planificaron alejados de la centralidad de la urbe.

Cuando yo llegué a Quito, por el año de 1950, más o menos, los mejores barrios se empezaron a formar cerca de la Colón y 12 de octubre, ahí estaban los más ricos, se sabían que algunos eran dueños de haciendas, allí estaban los Mantillas, que han sido siempre poderosos, los Plaza Laso, y también vivía ahí el presidente Camilo Ponce, después aparecieron el Quiteño libre, el Batán y el Quito Tennis. En la Mariscal vivía gente rica y gente de clase media, la Floresta era un barrio tranquilo de clase media, la Magdalena era como pobre, era de militares de "Caballería y Artillería" que vivían de su sueldo, la Magdalena, era una ciudadela que hizo el Seguro, como era cerca del cuartel, les vendieron a los militares.. Los más pobres eran la Estación Chimbacalle y la Villaflora (Graciela Chiriboga, entrevista, 2007).

La sociedad quiteña, muy heterogénea socialmente hablando, no respondió a la modernización y a la democratización de las relaciones con la celeridad que se incorporaban los cambios en la estructura del Estado. Durante estas décadas, logró mantener sin alteraciones radicales, sus mecanismos para *instituir*, en términos de

Bourdieu, la diferencia, ya que según este autor, en toda sociedad el grupo dominante, se autodefine como hegemónico por la imposición arbitraria de su visión del mundo, a la que le otorgan un reconocimiento social e histórico en el campo de lo simbólico. Esto hace que la construcción de las distinciones y diferenciaciones sociales (étnicas, de clase o género) que se dan en ámbitos cotidianos confirmen, renueven, y reproduzcan relaciones de poder desiguales y excluyentes (Bourdieu, 1985: 80- 88).

Por eso interesa conocer las percepciones y representaciones que sobre las distinciones y diferenciaciones sociales tienen personas pertenecientes al sector medio, que habitaron en la ciudad de Quito en las décadas del 30 al 70 del siglo XX y que como grupo transitaba hacia la constitución de la naciente clase media, existen pocos estudios que den cuenta en que niveles las reformas promovidas desde las esferas estatales afectaron o modificaron las relaciones y prácticas de la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad de Quito, o de la fuerza con la que irrumpieron en su vida privada.

En los siguientes capítulos, las historias de vida de hombres y mujeres que nacieron a finales de la década de los 20 y comienzos de 30 (es decir que su infancia se desarrolló en la década de los 30, su juventud e inicio de la vida adulta en la época de los 40, la edad adulta y la madurez a partir del 50), ayudaran al pretendido acercamiento a las percepciones, representaciones y prácticas en la vida cotidiana de los pobladores de la ciudad de Quito en ese período de tiempo.

## **Conclusiones:**

El período comprendido entre los años de 1930 a 1975, corte temporal al que hace referencia este trabajo, no puede ser comprendido si no se lo contextualiza en el marco de la primera mitad del siglo XX que es particularmente interesante en la historia del Ecuador. Las transformaciones políticas, económicas, jurídicas, sociales y culturales de este período pretendieron consolidar un proyecto de Estado Nación, nacionalidad y ciudadanía, acorde con los vientos de modernidad que soplaban por América, sin embargo de que esas



reformas afectaron la estructura del Estado, no lograron afectar sustancialmente ciertos aspectos a nivel cultural y social como la discriminación étnico-racial-económica y de género que mantuvo excluidos a grandes sectores poblacionales de la vida pública y política del país.

En la vida cotidiana, se dio más bien un fenómeno de continuidad colonial, la sociedad estamentaria, patriarcal y tradicional siguió vigente en los tratos cotidianos. El ritmo de las transformaciones económico, políticas y administrativas del Estado fue más acelerado del que adquirieron las transformaciones a nivel social y cultural, en el caso de la sociedad quiteña debe entenderse que estas fueron vividas de modo diferente por los pobladores de la ciudad, según su condición de clase, étnica y de género.

La pretendida construcción de un Estado moderno centralista, racional e institucionalizado, llevaba consigo implícita la necesidad de “igualación de los ciudadanos y sus comportamientos”, esta pretensión tampoco cuajó, durante éste período, perfectamente en la práctica, recordándonos según lo sostiene Guerrero (2000), que la construcción de la ciudadanía tiene un referente jurídico definido en función del Estado y otro definido en función del *sentido común ciudadano*, éste último, es el que da cuenta de las representaciones y percepciones de diferenciación que manejan los distintos grupos en una sociedad, y el que da cuenta también de las posibles tensiones que se pueden dar entre esos dos referentes en las relaciones cotidianas.

## **CAPITULO 2**

### **MUJER Y SOCIEDAD EN EL QUITO DE LOS AÑOS 30 AL 50**

Este capítulo pretende un acercamiento a las concepciones, percepciones y prácticas que contribuyeron a la diferenciación entre hombres y mujeres, que pertenecían al sector medio y que habitaban en la ciudad de Quito durante las décadas de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Esta sección pondrá énfasis en la percepción y representación social de lo femenino, que hacen el grupo de personas entrevistadas para esta investigación, lo que permitirá tener una idea del ritmo que alcanzaron los cambios en las concepciones y prácticas que tiene que ver con las relaciones de género en comparación con el ritmo de los políticos, económicos y legales producidos a partir del impulso modernizador de la revolución liberal y de los gobiernos post-liberales.

Gracias al ejercicio de la memoria de cada uno de los protagonistas en esta historia, se recuperan en el presente las percepciones, concepciones y representaciones que estos hombres y mujeres se hacen de la sociedad en la que vivieron, sus testimonios se convierten en fuente de información a partir de la cual se intenta comprender los fenómenos sociales del que fueron testigos. Para acercarnos a la décadas del 30,40 y 50, se tomará la parte del relato de vida que corresponde a la niñez, juventud e inicio de la etapa adulta de los y las entrevistados.

Como ya hemos visto, algunas de las reformas introducidas por el liberalismo, que de un modo u otro, afectaron las relaciones de género, fueron: el establecimiento de la educación laica como sistema de enseñanza, independiente de la familia y de la iglesia; la preocupación por la incorporación de las mujeres al sistema educativo sea como estudiantes, maestras o autoridades, la incorporación de nuevas prácticas educativas que tenían que ver tanto con los aspectos pedagógicos como con la higiene y el disciplinamiento corporal a través de ejercicios, caminatas y marchas, y el interés de las autoridades municipales por uniformizar los comportamientos de la población a través de la

imposición de nuevos *habitus* de higiene y disciplinamiento en los ámbitos urbanos. Sin embargo de esta serie de intentos por modernizar el Estado y promover la adquisición de nuevos comportamientos, ciertos aspectos, quedaron sin ser afectados sustancialmente. Estas podrían revelar las dimensiones en que el sistema patriarcal y estamentario de la sociedad colonial aún encontraba caminos para reproducirse en las décadas del 30,40 y 50.

En lo que tiene que ver con las relaciones de género, se pretende percibir, desde la visión de los protagonistas de las historias de vida, si las características normativas de lo masculino y lo femenino que definieron los roles respectivos de mujeres y hombres en la sociedad, y las relaciones de poder existentes entre ellos y ellas se modifican desde lo vivido en su infancia. Interesa indagar aquí sobre las relaciones de género, debido a que como Joan Scott sostiene, el género representa "la articulación (metafórica e institucional) en contextos específicos de las concepciones sociales de la diferencia sexual" (Scott, 1989: 84.). Si bien las relaciones de género se establecen a partir de la noción de una diferencia sexual derivada de una biología diferenciada, se centran, sobre todo en la construcción social de esta diferencia, en donde los sistemas de valores, creencias, costumbres y tradiciones juegan un papel determinante.

Durante las décadas de los años 40 y 50, especialmente, en la ciudad de Quito la construcción social y cultural de género femenino y masculino percibida desde sus roles, espacios de sociabilidad y procesos de socialización evidencian grandes diferencias. Según Goetschel, en lo que tiene que ver con la construcción social del género femenino, no se había logrado superar del todo, "a pesar de los cambios generados por la revolución liberal, las concepciones de "civilización cristiana" impulsadas por el gobierno de Gabriel García Moreno (1860-1875). En el contexto de una sociedad tradicional, las mujeres de sectores medios y altos fueron vistas, fundamentalmente, como parte del espacio familiar y doméstico. Eran concebidas como "puntal de la familia y base de la vida social". Por eso la preocupación puesta en su educación religiosa y moral, en el adorno de espíritu y su formación como administradoras del hogar" (Goetschel, 2003: 1).

No se puede negar sin embargo, que, como también afirma Goetschel (2003), a partir del contexto del liberalismo, la educación y las imágenes de las mujeres empiezan a cambiar, concibiéndose sus roles de manera distinta. Sus posibilidades de acción en la vida pública fueron un poco más amplias. Se abrieron puestos de trabajo desempeñados por mujeres, en la administración pública, en la educación y en otras actividades profesionales. En pequeña proporción, la dinámica hizo posible que las mujeres se incorporaran a la manufactura y a la industria. Igualmente se abrieron colegios laicos para mujeres en los que recibieron una formación distinta a la de los colegios y escuelas católicos.

### **En la cotidianidad ser mujer: educación**

El proceso de secularización de la educación emprendido por los gobiernos liberales, favoreció la creación de colegios y escuelas laicas para mujeres, que respondieran a los requerimientos de la nueva educación y de la formación de una cultura común o nacional. Estas instituciones educativas presentaban innovaciones tanto en el campo de la pedagogía como en el campo de la educación física y la higiene.

Sin embargo, los colegios religiosos, que el Estado liberal pretendió neutralizar seguían recibiendo a estudiantes mujeres provenientes de familias tradicionales, adineradas o de los sectores medios. Muchos padres de familia, de los sectores medios conservadores, como se mencionó brevemente en el primer capítulo, no estaban dispuestos a enviar a sus hijas mujeres a instituciones laicas, muchas de ellas ni siquiera asistían a instituciones educativas, ni laicas ni religiosas, pues se las educaba en casa.

Yo no estuve en escuela, mi papá no nos ponía en colegio ni a mi hermano ni a mí, ni a mi hermana que había muerto, yo no me acuerdo de ella, mi hermana se murió sin ir nunca al colegio. Mi hermano hasta sexto grado estudio en la casa, para primer curso me parece que ya le mandaron al San Gabriel o a La Salle o el Cebollar, nos tenía con profesores en la casa, porque mi papá era medio raro, decía que puedo aprender defectos y que voy a tomar agua de la llave. Nos tenía con el Carreño mañana, tarde y noche, nos tenía a la horma, ¡hija mía!, qué reglas en la mesa, qué los cubiertos, qué las vajillas, qué los manteles, ¡eran unas lecciones y unos formatos insoportables!, la casa *era una escuela de urbanidad*, entonces era imposible que yo vaya a la escuela (Lola Delgado, entrevista, 2008).

Como lo demuestra este testimonio, la preocupación de las familias patriarcales más tradicionales estaba puesta sobre todo en la urbanidad, y en el control moral de las mujeres. Si bien la educación laica desempeñó un papel importante en el sentido de abrir nuevas perspectivas y oportunidades a las mujeres de estratos medios y populares, en las décadas del treinta al cincuenta muchas de las mujeres pertenecientes a sectores medios y altos, continuaron siendo educadas en escuelas y colegios católicos privados como “Los Sagrados Corazones”, “La Providencia”, “La Inmaculada” y “El Buen Pastor” entre otros. Aunque no todas las mujeres estaban matriculadas en una institución educativa, y tampoco eran presionadas socialmente para continuar sus estudios secundarios una vez terminada la primaria.

¿Usted estudio secundaria?-No, que pasó conmigo, resulta que no sabía comer, que no quiero esto, que no quiero el otro, entonces me vino una anemia terrible, me desmayaba, y las monjitas solo me ponían un chalcito, mi papá me hizo ver con el doctor y le había dicho ¿usted quiere una hija sabia o sana?, entonces me saco del colegio y me puso profesor en la casa desde el siguiente año (Victoria Zapata, entrevista, 2009).

Cuando se contemplaba la posibilidad de que las hijas continuaran sus estudios, se pensaba como alternativa en la modalidad del internado, aunque ésta fuera privilegiada para las jóvenes que venían desde otras provincias a estudiar en Quito. A través de esta modalidad las familias católicas de la ciudad no solo confiaban a las religiosas la instrucción de sus hijas, sino la formación moral y social, siendo que estas instituciones tendían a transmitir y reproducir conceptos patriarcales y tradicionales en relación a los roles de hombres y mujeres en la sociedad quiteña.

Me eduqué desde el jardín de infantes en el Sagrados Corazones de Santo Domingo, de ahí pasé a secundaria donde las madres oblatas, fui de interna, me cambiaron porque no estaba a gusto de mamá que *yo no aprenda cosas servibles en la vida*, solo aprendía que números qué esto, qué el otro. Cuando fue mi mamá donde las madres oblatas, ese colegio se inauguraba, yo soy la primera alumna que me matriculé en el colegio Carlos María de la Torre, tenía 12 años, la monjita le dio el prospecto para que vea lo que ofrecían y para que yo vea lo que me gusta, yo tenía gana de aprender de todo, a coser, tocar piano, guitarra, bordar, de todo me aficioné, como iba interna podía estar estudiando lo que yo quería. Mi mamá dice, todo lo que ella ha querido yo pago, pero yo voy a apagar aparte porque tiene que *aprender primeramente a ser mujer, a que sepa que es hogar, como comportarse en un hogar, después de eso puede aprender lo que ella quiere*. Y así fue. (Fanny Alicia Albornoz Ballesteros, entrevista, 2008)

Mis monjas eran divinas, ellas sabían que él estaba atrás mío, así que cuando estaba afuera del colegio esperando que salga, me hacían llamar a la casa para avisar que me quedaba a dormir en el colegio. Y que pasaba , ahí me entraba la gana de irme con él mismo, te prometo, *al otro día estaba el colchón, la lavacara, la bacinilla en el colegio*, ahí me dejaban otra vez, esas cosas si me fueron indignando, me dolía por lo que me hacían, *me indignaba no salir a mi casa, tenía que callarme, no podría protestar , yo les veía salir a mis compañeras y todo, pero me tenía que aguantar, que más me quedaba, otras veces yo mismo me quedaba, pero la mayor parte me tuvieron encerrada por él* (admirador) (Lola Delgado, entrevista, 2008).<sup>2</sup>

Contrariamente a la propuesta educativa de la educación laica, la educación religiosa continuaba dando énfasis en la formación moral y en el cultivo de las dotes y de las artes consideradas femeninas, con el objetivo de que las mujeres pudieran desempeñarse como buenas madres, esposas y dueñas de casa ofertaban aprendizajes considerados “servibles” para las mujeres de la época. En ocasiones ni los padres, ni las mismas religiosas reconocían como valiosa, la oferta de conocimientos ligados a las áreas de matemáticas, ciencias, física, etc.

La madre Clorinda Nieto no nos exigía nada, sino que aprendan lo que ustedes quieran. *Mucho me ha servido en la vida saber de todo un poco: costura, bordado, pintura, tejido, cocina*, la madre Esthercita se apropió de mi persona y le dijo a mi mamá que esta niña va ir conmigo a la cocina, porque *la mujer tiene que saber hacer aunque sea una agüita para que sirva a la humanidad, qué saca ella en una oficina, si no sabe esto, todo números, todo escritura, claro que hay que aprender para no ser ignorante en la vida, pero exigirle que se gradué, ! no!*, Todo tiene que aprender, si no el marido ha de decir- pero si no sabe hacer ni una agua, yo me he casado porque era una mujercita, pero ha sido de oficina, solo de letras no me va a dar de comer (Anita María Espín de López, entrevista, 2007) .

Los exámenes finales dábamos en el 24 de Mayo, en sexto curso nos llevaron la víspera del examen final al 24 de mayo para que sepamos en que sala nos iba a tocar, dábamos los cuatro colegios (24 de Mayo, la Providencia, la Inmaculada, los Corazones), *nuestro profesor de física, no nos había dado en clases ningún problema de física para que resolviéramos*, total que a mí, no sé por qué, se me ocurre levantar la tapa de un pupitre y veo un examen de ellas, que habían dado en otra ocasión, me cogí ese examen y llevé al colegio, y le dije a la monja, porque ya le habían mandado sacando al profesor, *-este examen es del 24 de mayo y a nosotras no nos han dado nada de “peso específico”-*. Entonces como dábamos el examen el lunes nos llamó sábado y domingo y se pasó haciéndonos repasar problemas, pero

---

<sup>2</sup> En las citas de entrevistas en las que se encuentre resaltado el texto, el resaltado es mío.

¿qué íbamos a aprender física en dos días?- ¡imposible!-, pero repitieron el mismo examen de las del 24 de Mayo para que ellas se luzcan, para que veamos que eran una maravilla. Las únicas que habían podido eran las del 24 y nosotras que éramos ocho, ni las de Los Corazones, ni las de La Inmaculada (Rosa Laura Rúales, entrevista, 2009).

Esto sugiere que las prácticas y concepciones educativas a las que las jóvenes, que asistían a colegios católicos, fueron expuestas durante ésta época siguieron insistiendo en atribuirle mayor valor a los conocimientos vinculados a la reproducción de los roles femeninos tradicionales vinculados con el mundo doméstico, lo que de alguna manera les confinaba a desenvolverse preferentemente dentro de la esfera privada, y a estar separadas de la esfera pública. Estas esferas, según Frazer (2001) se pueden entender desde sentidos diferentes, así “público” puede significar lo relacionado al estado; lo accesible a todos y lo relacionado al bien común, mientras que lo “privado” se refiere a la propiedad privada y a lo pertinente a la vida doméstica íntima o personal, incluyendo a la vida sexual. Es en ese sentido que se puede afirmar que la mujer de clase media durante, las décadas del 30 al 50 estuvo “naturalmente” confinada al ámbito de lo privado, es decir de lo doméstico, aspecto que fue reforzado a través de la formación en el hogar y a través de la educación formal en instituciones educativas, especialmente en las religiosas.

### **Mujeres decentes socialización y recreación**

Para las mujeres jóvenes del sector medio, el espacio familiar, sobre todo y los espacios privados continúan siendo los privilegiados para su socialización. La esfera privada marca para la mayoría de las mujeres del sector medio su esfera de socialización, es allí en donde se obtiene la información sobre lo femenino y se adquieren los conocimientos, las costumbres, los valores y *los habitus* para experimentarlo, todos estos se vuelven signos que imponen maneras de clasificar, apreciar, y actuar (Cfr. Bourdieu, 1985) que establecen diferencias entre los distintos grupos

...yo me recuerdo que mi mama traía por medio de barco y de ferrocarril todo, traía todos los muebles, cosas italianas de cristal, había la facilidad de tener, había los grandes pianos alemanes, en mi casa había órgano, *pero el gusto, si creo se nace, con el gusto para combinar, para elegir* (Anita María Espín de López, entrevista, 2007).

El espacio de lo doméstico es multifuncional para las mujeres del sector medio, pues es allí también donde el círculo de socialización se amplía de la familia a los vecinos, y de los vecinos y conocidos a un posible pretendiente, es allí en donde la rutina diaria se rompe de vez en cuando con la fiesta y las celebraciones compartidas. Es allí donde se vive el noviazgo, bajo la mirada atenta de las madres u otras mujeres, y es allí donde la vida en pareja y una nueva familia empiezan.

Nací en el barrio de San Roque, antiguamente las familias que vivíamos ahí éramos una sola cosa, todo el mundo nos llevábamos y por lo general, vivíamos toda la familia en el barrio de San Roque. La casa compraron a las hermanas de mi mamá, ahí nacimos todos, en la esquina era la casa de mi abuela materna, en la Mideros vivían mis tíos. *La casa era grande y tenía inquilinos, es lo principal, caramba, lo mismo los vecinos*, había carnaval, los de al frente tenían pileta ahí se jugaba el carnaval, los canelazos<sup>3</sup>, subíamos a cambiarnos de ropa y regresábamos al baile, en inocentes lo mismo, era hermoso porque *nos íbamos de familia en familia a seguir bailando, de un lado a otro lado, los familiares y amistades nos recibían* (Anita María Espín, entrevista, 2007)

...se casa mi hermano, ella era tía del Enriquito, ahí me conoce el Enriquito, era inteligente, hablaba tan lindo y me convenció. Mi hermano que ya se dio cuenta que el Enriquito estaba enamorado, le dijo yo y mi mujer vamos a sufrir las consecuencias, así que habla con mi papá y dile que estas enamorado de mi hermana. Cuando habló le dijo,- muy bien señor, pero usted viene a visitarle una vez por semana, nada más- y *cuando iba, mi mamá a lado con el ludo que jugábamos toditos, así que no había ni un apretón de manos, así un año y más. Despechado el Enriquito dijo mejor casémonos, así fue y esa es la verdad. Ya me caso y mi papá dice- de aquí no sales a ser inquilina, mientras no tengas casa, no sales mijita-* (Victoria Zapata, entrevista, 2009).

Sin embargo, el espacio doméstico es también el espacio de la desinformación del ser mujer en la sexualidad, son los hombres los que “supuestamente” conocen sobre estos asuntos, gracias a que la sociedad les permitía, incluso en algunos casos favorecía una iniciación temprana y “aceptaba” la actividad sexual masculina antes del matrimonio, ésta podía darse en cabarets o burdeles, con mujeres dedicadas a la prostitución o que podía

---

<sup>3</sup> Bebida caliente preparada en base a agua de canela mezclada con aguardiente, usada tradicionalmente para entrar en calor en el frío de Quito.



darse con mujeres de otros sectores sociales. Las mujeres del sector medio, hijas de familias conservadoras iniciaban la sexualidad en desventaja.

...eso tuve, solo cuando me casé, porque en mi época era todo muy oculto, uno no sabía nada, *no se sabía ni por donde se va a tener el hijo, ni por donde se hace el hijo*, ¡que tal!, discúlpenme (Anita María Espín, entrevista, 2007).

Cuando fui al matrimonio fui cieguita porque cuando había conversaciones de los mayores,- ¡hijita sal afuera ¡ -¿qué televisión?- ¡Qué oír nada! -Yo me casé a los veinte, *él como profesor, esto es así, asado y quemado* (Victoria Zapata, entrevista, 2009).

Por otro lado, entre los espacios de socialización, estaba la institución educativa a la que asistían las niñas y jóvenes, allí tenían la oportunidad de relacionarse con otras mujeres de su edad, sean de su mismo colegio o de otros y ampliar su actividad social.

Me acuerdo que las monjas hacían la procesión del Jueves Santo, y yo me disfrazaba siempre de algo, de María, de Jesús, hacia comedias en la Salle, en San Diego y donde las Catalinas, mi mamá tenía que ir conmigo de arriba abajo, había una vida social con los colegios, yo estuve interna la secundaria y estuve de colegio en colegio, siempre de monjas (Lola Delgado, entrevista, 2008).

Las relaciones que establecían con sus compañeras de curso y de colegio abrían, para las jovencitas, una nueva posibilidad para conocer a hombres contemporáneos a ellas y que además pertenecían a su mismo grupo social: los hermanos o parientes de las compañeras.

Nos distraíamos en las casas, los sábados o domingos, me acuerdo que eran importantes los cadetes para nosotros, dos amigas más tenían hermanos cadetes, que les iban llevando a todas partes, entonces cuando se instalaba la fiesta, bueno no fiesta, reunión no habían fiestas, pero los cadetes tenían que entrar al colegio Militar antes de las seis, ahí se acababa la fiesta, y esto había empezado a las tres (Rosa Laura Rúaless, entrevista, 2009).

Las mujeres jóvenes católicas, encuentran otro espacio para conocer y socializar con gente de su edad en las ceremonias religiosas, sean estas las regulares misas dominicales o los jueves del rosario de la aurora o en misas de celebración especial como Semana Santa, Navidad, o en los grupos de jóvenes católicos.

Como yo era de la Acción Católica del barrio, entonces las del barrio **me ayudaban a hacer el plan, porque mi papá no me dejaba**, en la puerta de la Acción Católica ya estaba un admirador mío, un alemán, a saludarme y conversar (Victoria Zapata, entrevista, 2009).

Hacia los años cincuenta, se posicionaban como espacios de distracción el teatro y el cine, estos fueron aprovechados por los pobladores de la ciudad de Quito tanto para la recreación como para la socialización. La importancia de estos espacios puede ser mirada desde la perspectiva de que las películas u obras que se exhibían eran, para la mayoría de jóvenes, una ventana de contacto con el mundo exterior por la que se observaban modelos de belleza física y corporal, formas de vestir renovadas y modelos de comportamiento femenino y masculino. Obviamente sus posibles influencias no fueron vividas como una experiencia uniforme por todas las jóvenes, ni por la toda la población que asistía a las salas de cine, pero cabe preguntarse ¿si las imágenes de mujeres de otras latitudes del planeta y las historias contadas por el cine sobre esas mujeres, pudieron calar de alguna manera en las representaciones y subjetividades que intervenían en la construcción de la identidad de género de las jóvenes que las miraban?. Siendo que sus posibilidades de construir su identidad de género, como ya hemos visto, hasta los años cincuenta estuvo marcada por las concepciones y prácticas transmitidas al interior de sus familias, o en los ámbitos de socialización cercanos como el colegio, o en la participación eventual en un grupo juvenil religioso o deportivo, y que no habían sufrido cambios radicales desde principios de siglo, esto a pesar de las grandes reformas políticas, económicas, educativas, legales que en ese periodo se habían implementado en el Ecuador.

Se había mencionado que a partir de las reformas liberales, la educación y las imágenes de las mujeres empiezan a cambiar, sus posibilidades de acción en la vida pública empezaron a ser un poco más amplias, se abrieron puestos de trabajo desempeñados por mujeres, en la administración pública, en la educación y en otras actividades profesionales (cfr. Goetschel, 2003). Incluso, se dan avances en la concepción de la ciudadanía de la mujer cuando en la Constitución de 1928 se le otorga el derecho al voto “facultativo” a la mujer. Sin embargo, para muchas mujeres de los sectores medios continúan actuando una serie de construcciones derivadas de la familia y la educación católica.

## Mujer clase media, moda y cuerpo

Otra posible entrada para el acercamiento a la construcción de la identidad de género en las mujeres jóvenes del sector medio de la época, podría ser observar sus *habitus* y disposiciones corporales, ya que el cuerpo de las personas, en especial el de las mujeres, ha estado presente en el imaginario, en los discursos y las prácticas de las diferentes sociedades y contextualizados históricamente han organizado las relaciones sociales en base a las diferencias basadas en el sexo.

Por eso me parece adecuado recuperar la propuesta de Liuba Kogan, de “rescatar la categoría cuerpo” como eje de reflexión dentro de la construcción de la identidad de género, refiriéndose a él como *locus*, es decir como lugar concreto, social e históricamente situado, a través del cual y en el cual se construye lo femenino o lo masculino. Según la autora “Los cuerpos están sujetos a prácticas sociales: son moldeados, vestidos, “movidos” adornados y maquillados...”. (Kogan, 1993: 37, 38).

Para Kogan, el cuerpo tiene un papel activo en el proceso de adquisición de la identidad genérica, pues se convierte en un locus donde se expresan las interpretaciones de las normas y prescripciones culturales (Ídem: 47), por lo tanto la construcción del cuerpo femenino y la construcción del cuerpo masculino difieren significativamente en la medida que hombres y mujeres son definidos como categorías opuestas.

Para la época, la mujeres del sector medio, pertenecientes de familias católicas, habían sido educadas para la adquisición de ciertos *habitus* como signos de distinción, en el sentido de Bourdieu, signos que establecen diferencias entre los distintos grupos, porque imponen maneras de clasificar, apreciar, y actuar (Cfr. Bourdieu, 1985) entre ellos se pueden mencionar: los principios morales que guiaban el buen comportamiento, los principios que definían los roles femeninos y masculinos, las pautas de higiene, pero también los principios estéticos que modelaban el cuerpo y orientaban el buen vestir. En su condición de sectores medios, estos sentidos y percepciones estaban generalmente

relacionados con modelos a imitar de estratos sociales más altos o a referencias provenientes del extranjero.

Las mujeres pertenecientes del sector medio y alto eran susceptibles a seguir los dictados de la moda, esto significaba incorporar algunas costumbres extranjeras en el uso de prendas de vestir (elemento fundamental de jerarquización social), lo que permitía ubicar a la portadora de esas prendas en el sector social al que pertenece o pretende pertenecer. En las década de 1940 y 1950, como se puede observar en películas, revistas y periódicos de la época, la moda para las mujeres incluía medias de seda, tacón alto, cabello suelto o recogido, trajes sastre hasta el tobillo con falda recta o vestidos, se complementaba la tenuta con sombreros, estos podían tener o no malla para cubrir el rostro. Esta moda difundida por estos medios de comunicación era acogida por la población femenina del sector medio en aquellos años.

Nos podíamos ir tranquilamente muy elegantes a la misa de doce en la Catedral, que era lo máximo, **con sombreros bien elegantes, con taco, como se usaba en la época**, no se entraba a la iglesia con pantalón ni descubierta la cabeza, con mantilla española. **Había la facilidad de la ropa importada, en especial de la ropa de Europa, la americana fue después** (Anita María Espín de López, entrevista, 2007)

Un canal indiscutible para obtener información sobre la moda, fueron los medios de comunicación escrita como los periódicos y las revistas, así como los medios audiovisuales como el cine. La asistencia a las salas de cine permitía observar las modas y comportamientos de hombres y mujeres en otras sociedades. Para la época, las salas de cine exhibían películas extranjeras, provenientes de Europa, México, Argentina y de Estados Unidos. Como sabemos, el cine clásico de Hollywood, tenía la tendencia a representar a todas las mujeres como un colectivo homogéneo, con imágenes estilizadas, bien formadas, con cabellos ondulados y con miradas lánguidas; y a poner en escena guiones que universalizaban los roles femeninos y masculinos (Castro, 2002:23).



**Foto no. 1: El Comercio (1945). Página 2: junio 13.**

Las imágenes de mujeres en el cine impactaban localmente, “ciertamente en las formas de vestir de las mujeres que querían imitar a las estrellas de la pantalla grande” (De la Torre, 1996: 170). Y así diferenciarse de las mujeres de sectores populares, desde la exclusividad y la distinción.

La moda se copiaba de las películas o los figurines, *las mujeres usábamos chaqueta y falda, jamás ponerse pantalón, el terno era de casimir o seda finos, cartera, guantes y sombrero*, para ir al “Teatro Bolívar” *el sombrero era infallible, por eso con mis amigas Charo y Lola nos cambiábamos los sombreros para no repetir tanto*, todo era con sombrero, yo tenía un sombrero de copitos con velo, que compré a plazos a personas que traían del extranjero. No se vestía igual toda la gente en Quito, la ropa hablaba del estatus económico de la gente, la moda era para gente como nosotros. Los puntos de encuentro de las más exclusivas bellezas de Quito eran “el café Wonder” y “el Teatro Bolívar” (Graciela Martínez, entrevista, 2007).

Según Castro, las imágenes de las mujeres que circulaban gracias al cine o a las revistas extranjeras también contribuyeron a la noción de la mujer como un espectáculo a ser visto por el varón (Castro, 2002: 28).

Había mujeres con linda ropa, elegantes, guapas, también “las chullas<sup>4</sup>” eran elegantes, porque sus amantes ricos les costeaban y mantenían, **a mi me encantaba verle a “la Landines”, ¡linda mujer!, era delgadita, estilizada, elegantísima...** hay un libro escrito por el Iván Egüez, “La Linares”, que habla de ella. **Era una figura que todo el mundo se paraba a ver -¡que linda mujer!**- (Alejandro Solís, entrevista, 2007)

Las imágenes de mujeres extranjeras, calaron en algunos sectores sociales de la ciudad de Quito, al punto de querer imitarlas no solo a través de la moda, sino a través de la forma del cuerpo, las mujeres aceptaban modelos de belleza física altamente sofisticados. Algunas de las mujeres que aceptaron el modelo femenino extranjero y que querían imitarlo, se vieron en la necesidad de modificar, por los menos visualmente su cuerpo y apariencia, para ello se sirvieron del uso del corsé, del maquillaje y de los zapatos de tacones altos. El primero, les afinaba la cintura, haciendo más redondeada la cadera y elevando los senos, el segundo, corregía imperfecciones o resaltaba rasgos faciales y el tercero, “el tacón modificaba por completo la posición corporal al hacer que el vientre se retraiga, que el busto sobresalga, y que para mantener el equilibrio sea necesario encoger la espalda, de este modo se marca la pelvis y se hacen más evidentes sus ... prominencias” (Bartra, 2002: 46).

Las artistas de las películas mexicanas y de Estados Unidos, **tenían una cintura finita “una cintura de avispa”, que nosotros imitábamos con el uso del corsé.** El corsé, era muy incomodo, usé como siete años, hasta que me quedé embarazada, después ya me olvidé. Para ondularnos el pelo, usábamos unos fierros que se calentaban en el fuego o en la brasa, a veces hasta nos quemábamos el pelo. Las pestañas nos pintábamos con lanolina a la que se daba color con el clavo de olor quemado. <sup>1</sup> Cuando yo vivía en Riobamba<sup>5</sup> no conocía ni sabía nada de esto, ni me pintaba, mis amigas de aquí de Quito me enseñaron. **En Quito conocí la moda, aquí me estilicé,** siempre me decían ¡Qué elegante que es usted!, usaba taco no. 9, era taco aguja, bien delgado, de aluminio forrado, para resistir el peso (Graciela Chiriboga, entrevista, 2007).

---

<sup>4</sup> “Chulla” del quichua shuklla (uno no más) tiene también la acepción de que alguien está suelto, en el lenguaje popular, cuando se usa para designar a una mujer, implica que ella es de vida alegre o licenciosa. Que está suelta desde el punto de vista moral, cuando se usa para los hombre implica que esta suelto desde el punto de vista social.

<sup>5</sup> Ciudad de la sierra central ecuatoriana, Capital de la provincia de Chimborazo

Las siguientes fotos, permiten observar la imagen, el rostro y el cuerpo de una mujer extranjera difundida en un medio de comunicación de la ciudad y la imagen, el rostro y el cuerpo de una mujer habitante de la ciudad de Quito y encontrar algunas semejanzas.



**Foto no. 2: El comercio (1940). Página 8: febrero 16.**



**Foto no. 3: Foto del archivo personal de una entrevistada, año de 1950**

La Foto no. 1, fue reproducida del periódico “El Comercio”, mientras que la foto no. 2 fue reproducida del archivo personal de una de las entrevistadas, aunque la segunda fue tomada años después de la primera, permite observar el parecido en la forma del cuerpo, el corte de pelo y en la imagen general que logra la mujer del sector medio habitante de Quito con la imagen de la mujer extranjera.





Foto 4: El Día (1940) página 2: Quito, enero 27.



Foto no. 5: Retrato, foto del archivo personal de una de las entrevistadas, año de 1948.

La foto no. 3 reproducida del mismo periódico, muestra la publicidad de una película exhibida en el año de 1940 mientras que la foto no. 4, reproducida del archivo personal de una de las entrevistas, es tomada en estudio, y se puede observar que la pose, la mirada, hasta el corte de pelo es bastante parecido al de la artista, las dos imágenes tienen diferencia de ocho años.

Podemos decir entonces que las concepciones, prácticas, creencias que ordenaron la sociedad quiteña en lo que tienen que ver con las relaciones entre los sexos, también quedaron inscritas en los cuerpos de las mujeres de la época. Las pistas sobre las divisiones establecidas entre hombres y mujeres y que reproducen relaciones sociales de dominación entre los sexos y entre los diferentes grupos sociales, pueden buscarse tanto en los principios morales, religiosos, legales que guían, regulan y controlan la vida social, como en la forma de vestir, adornar y modelar los cuerpos. Según Bourdieu, la división entre los sexos está en el orden de las cosas, es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable: se presenta a un tiempo, en su estado objetivo, tanto en las cosas como en el mundo social y, en estado incorporado, en los cuerpos y en los *habitus* de sus agentes; funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción. Esta experiencia abarca el mundo social y sus divisiones arbitrarias, comenzando por la división socialmente construida entre los sexos como naturales, y contienen por ello una total afirmación de legitimidad (Bourdieu, 2000: 21).

## **Mujeres y trabajo**

Las mujeres del sector medio se vinculaban a actividades remuneradas económicamente cuando contaban con la autorización de sus padres, en el caso de ser solteras, o de sus esposos, en el caso de ser casadas. Y lo hacían preferentemente, en áreas relacionadas con actividades “naturalmente femeninas”, y ejercidas dentro del ámbito doméstico como costura, tejido, bordado, repostería. A pesar de desarrollarse en el espacio doméstico no

hay que perder de vista que esas actividades permitían a las mujeres relacionarse con el comercio y el mundo industrial.

**Cuando me casé empecé a trabajar, pero en mi casa, mi madre decía que el hogar se hace con dos manos, por eso ella me dio de regalo de bodas una cantidad de lanas, entonces yo tejía** obras, vendía, también aprendí corte, y tenía en mi casa gente que me cosía, daba trabajo a los demás, yo le hacía a mamá los uniformes para todos los nietos, tejía los sacos de la Providencia o daba a que tejan (Anita María Espín de López, entrevista, 2007).

Cuando las mujeres lograban ubicarse laboralmente fuera del ámbito doméstico, se relacionaban con actividades aceptadas dentro de los roles considerados femeninos, como aquellos que tienen que ver con la enseñanza, el cuidado de enfermos, niños, y/o ancianos, o el apoyo a actividades administrativas como secretarias, entre otras. No pasa desapercibido el hecho de que en su vinculación laboral, las jóvenes contaban con la recomendación o patrocinio de alguna persona conocida de la familia, adquiriendo en estas circunstancias, (ser joven, ser mujer y tener la posibilidad de trabajar), una importancia considerable el capital social de la familia. Con capital social, quiero referirme, en términos de Bourdieu (1995) a la red de relaciones sociales que posee un individuo o un grupo en una sociedad determinada y que le reportan reconocimientos mutuos que permiten movilizar conocimientos, saberes y relaciones a manera de un capital que da réditos.

Un amigo de la familia, tenía una fábrica y le dice a mamá, -déjele que vaya su hija de secretaria, yo ya estaba graduada de secretaria, a la oficina de la fábrica, déjele que esta criatura vaya y aprenda a trabajar, que el papá le mande plata, no es todo-. Me pagaba 800 sucres, era un platal (Fanny Alicia Albornoz Ballesteros, entrevista, 2008).

Mi prima Fabiola trabajaba en la Previsora<sup>6</sup> y le había dicho al jefe, tengo una prima que se acaba de graduar, y quiere trabajar, a esto yo le dije -por qué no dijiste, qué le quieren hacer trabajar-, porque yo odiaba el trabajo, quería estudiar la universidad, bueno pero entré a la Previsora a los dieciocho años, que sería, unos dos meses de lo que me gradué... Me pusieron en un puesto que tenía que usar máquina de escribir, yo no manejaba máquina de escribir porque no había seguido comercio y las de comercio sabían taquigrafía, mecanografía...(Rosa Laura Rúaes, entrevista, 2009)

---

<sup>6</sup> La Previsora es el primer banco privado que empieza a funcionar en Quito

## **Manos de otras mujeres para la reproducción de la familia y para la reproducción de la diferencia social.**

La mayoría de mujeres del sector medio, independientemente de si realizaban alguna actividad remunerativa o no, contaron con la ayuda de otras mujeres para el cumplimiento de sus responsabilidades dentro del hogar, por un lado estaban sus madres, hermanas, suegras, cuñadas, quienes de forma cercana colaboraban con la crianza de los hijos, se entiende que no solo en el cuidado, sino también con orientación y consejo.

(Mi marido) Por su profesión, trabajaba en la FAE, lo más ha parado fuera de la casa y he tenido que estar siempre con mis dos hijos, pero gracias a Dios que vivía mi madre, vivíamos ahí todos.... (Fanny Alicia albornoz Ballesteros, entrevista, 2008).

Al trabajar, como primera cosa tenía que renunciar a estar cerca de mis hijos, eso fue terrible, el Roberto (primer hijo) tuvo la suerte de estar junto a la abuela (paterna), las hermanas de mi esposo), después nació la Ceci (segunda hija)... Después cuando ya dejamos de vivir con la mamá del Pepe, se quedaban en mi casa con mi mamá (Rosa Laura Rúales, entrevista, 2009).

Y por el otro lado, contaban para la realización de las actividades de reproducción de la familia y del hogar como aquellas que tienen que ver con el cuidado los hijos, cocinar, limpiar la casa, lavar y planchar la ropa, con el apoyo de mujeres provenientes de sectores populares o del campo. Las mujeres que realizaban tareas relacionadas con la limpieza de la casa, la cocina y en el cuidado de los hijos, se las conocía como “empleadas” o como “muchachas”<sup>7</sup>, las primeras recibían un salario por los servicios prestados, y podían o no trabajar bajo la modalidad “puertas adentro”, mientras las segundas no necesariamente percibían un salario y generalmente vivían con las familias donde trabajaban. Las lavanderas y las planchadoras tenían una condición distinta, se les pagaba por el número de piezas lavadas o planchadas el día.

---

<sup>7</sup> Término utilizado cotidianamente para referirse las niñas, adolescentes y menores de edad que trabajan en el servicio doméstico, no necesariamente remuneradas.

Las empleadas eran propias antes, les traían desde pequeñas para que se críen en la casa, de Ambato eran las que hemos tenido, las muchachas, venían desde guagüitas<sup>8</sup>, para que aprendan a ayudar a la cocinera, a arreglar la casa, mi mamá les enseñaba a leer, con unas cartillas de la unión nacional de periodistas. Se quedaban hasta que se casaban, a ellas no se les pagaba, pero había que educarles, darles todo, hasta herencia, siempre les han dado su algo. La lavandera no era propia, la lavandera venía desde el jueves a las cuatro de la mañana, pobrecita como habrá sido en ese frío, me acuerdo, dejaban la ropa blanca lavada el primer sucio y enjabonado, la ropa de color se lavaba al instante, al otro día venían lavaban eso y al otro día la almidonada, la planchada, las sabanas, los manteles, ganaban un cale<sup>9</sup> con coco. Una costurera venía a la casa, le pagaban el diario, creo yo (Lola Delgado, entrevista, 2008).

La relación que establecían las mujeres de clase media, conocidas como “patronas” y las mujeres que se encargaban del servicio doméstico conocidas como “muchachas”, en esta época, era un rezago de antiguas relaciones de hacienda, en las que la mujer y/o las hijas de los peones hacían los quehaceres domésticos en las casas de los patrones como parte del peonazgo de su marido o padre, y podía ser percibida como un intercambio de favores: las patronas recibían en su casa a niñas, jóvenes y en algunas ocasiones a mujeres con algún tipo de dificultad motora leve o auditiva a las que brindaban vivienda, alimentación, entrenamiento en el oficio de los quehaceres domésticos y cierta seguridad para la subsistencia, a cambio de que las muchachas devolvieran el “favor” con jornadas de trabajo ininterrumpidas que podían durar más de catorce horas diarias.

Una pariente nuestra, **tenía una empleada que era propia, que era de ella**, era muda, pero inteligente, cocinaba como los dioses, era muy viva, una vez se vino donde nosotros y nos hacía torta de cebolla, pie de cuajada ..... (Graciela Chiriboga, entrevista, 2007)

El uso de términos como “empleadas”, “muchachas”, “patronas” para designar los roles que asumían unas mujeres y otras dentro del ámbito de lo doméstico, pone en evidencia relaciones de desigualdad que se establecían entre mujeres de diferentes sectores sociales o de diferente procedencia étnica que compartían un mismo escenario. La percepción de “era propia”, le otorgaba a la familia que recibía a una de estas “muchachas”

---

<sup>8</sup> Palabra quichua que se utiliza en el lenguaje cotidiano de los pobladores de Quito, para referirse a los niños/as hasta los 10 años aproximadamente.

<sup>9</sup> Expresión antigua que se utilizaba para significar que la cantidad de dinero que se pagaba por una determinada labor era casi insignificante

derecho de propiedad sobre la esa persona, se genera un acto en el que “se privatiza a la persona despojándola de derechos”, y en el que tácitamente, de forma naturalizada se establecen relaciones de desigualdad y de sometimiento de quien es considerada como propiedad con quien es considerada como propietaria, las niñas o jóvenes que trabajaban en servicio doméstico, sin recibir remuneración en casas de familias habitantes en Quito, generalmente provenían de los sectores rurales pobres, campesinos o indígenas de la sierra, aunque no exclusivamente, sectores estos que tradicionalmente han sido excluidos por el Estado y la sociedad ecuatoriana.

### **Mujeres y decencia: fronteras morales con las otras.**

Cuando las mujeres del sector medio se refieren a sí mismas, a otras mujeres de su familia o a mujeres de su mismo sector social o superior, usan la expresión “decente”. Las personas, hombres o mujeres de su círculo social y los espacios que ellas frecuentan son calificados también con el término “decente” que en el uso cotidiano tiene una carga moral y una carga social, decente es aquella persona que comparte ciertos valores, ciertas formas de comportamiento reconocidas como deseables en un determinado grupo, como también lo es aquella persona que proviene de familias tradicionales cuyos apellidos son conocidos e indican procedencia española o europea, que lo distancian de lo indígena, especialmente, pero también de lo popular.

La decencia se construye frente a lo “no decente”, una mujer decente se construye frente a la mujer no decente, y las mujeres de clase media, que se consideraban a sí mismas “decentes”, gracias a una suerte de herencia social transmitida por la familia, las propiedades, la procedencia y las buenas costumbres siempre tuvieron presentes, en su imaginario, a las mujeres “no decentes”. Entre las mujeres no decentes, desde la perspectiva moral, estaban aquellas que clasificadas como bohemias, chullas o mujeres de vida fácil, prostitutas. Con todas ellas establecían las distancias del caso, sin embargo las conocían y sabían donde se ubicaban espacialmente.

Una señora costeña conocida, que tenía una vida suelta, había estado fichada en la sanidad, pero el Jefe de la Sanidad, había hecho que le borren porque era una mujer conocida, tenía una hija, que un amigo sabía decir a lo mejor es hija mía, porque cuando el Gálvez salía, yo entraba, pero era una mujer de lo peor, mala y encima loca (Lola Delgado, entrevista, 2008).

La gran Motilón era una prostituta conocida, que tenía un cuarto en que entraba cualquiera. Como la policía no les dejaba trabajar en las calles tenían un foco rojo en la puerta como señal de donde vivían o ejercían, era como un rótulo que indicaba que ahí había una prostituta. Tenían que tener un carné, para que puedan seguir con su profesión que garantice que estaban registradas. No se exhibían, se escondían porque si no les llevaba la sanidad para que no contagien a nadie (Ídem).

Si bien la presencia de mujeres “no decentes” era conocida por las y los pobladores de la ciudad Quito, las mujeres “decentes” sabían que las fronteras sociales que con estas mujeres establecían, o les habían enseñado a establecer, no eran las mismas que establecían sus esposos, familiares o conocidos hombres; esas eran más permeables, eran franqueables a la vista de todos. “Existían los cabarets, los burdeles, entonces allá se iban mis hermanos y sus amigos, entre ellos mi esposo, entre ellos se socapaban...” (Anita María Espín de López, entrevista, 2007)

Había mujeres bohemias, tomaban, cantaban, bailaban, querían y tenían hijos. La BM, era guapísima, tuvo un hijo de un comandante, que nunca le pasó ni un real. Les tomaban como señoras tales y cuales, pero no eran prostitutas, porque no cobraban, se enamoraban, entiendo yo, los hombres les dejaban con los hijos, no les daban nada, seguían de farra en farra hasta que alguien les de algo para su hijos. Farreaban hasta 15 días seguidos, tenían su vida. La Cuzumba, tuvo seis hijos con tres hombres, dos con cada uno. Tomaba y fumaba como ella sola, tenía la sal quiteña, era ocurrida, todo el mundo le iba a ver, gente de lo mejor, desde los Terán del Hotel Colón. Tocaba lindo el piano, la guitarra, cantaba precioso y le importaba un pepino el qué dirán, ella hacía su vida y sabía decir “he amado por eso tengo mis seis hijos” (Lola Delgado, entrevista, 2008).

## **Mujeres bajo lupa**

Por esa misma permeabilidad de relaciones entre los hombres y las mujeres “no decentes” el Estado y las autoridades municipales, desarrollaron una aproximación técnica, por decirlo de alguna manera hacia las mujeres que ejercían la prostitución como profesión, Clark (2001) sostiene que el Estado desarrolló una aproximación influida por la posición

regulacionista, es decir que no se enfocó en cuestiones de moral, lo que estaba más allá de su ámbito de acción, sino más bien en la salud de la Nación.

Esto era consistente con el establecimiento del Estado Laico después de 1895 y con el movimiento de distanciamiento, en el discurso oficial, de la moral privada, asociada fuertemente en Ecuador del siglo XX con los estrechos lazos entre el Estado y la iglesia católica. “En realidad las prostitutas fueron algunas de las pocas mujeres bajo la directa supervisión del Estado” (Clark, 2001: 43). Supervisión que bajo el pretexto de la ciencia y la prevención sanitaria, le dio al Estado la posibilidad de controlar los cuerpos de las mujeres, registrarlas, ubicarlas, medicalizarlas, este no fue el único caso en que el Estado pretendía regular y controlar los cuerpos de la mujeres, la ley de maternidad, también tenía una tendencia hacia ello, a esto se suman las actividades educativas, que antes habíamos mencionado, que la incorporaron programas de gimnasia y deportes, con el propósito de disciplinar el cuerpo.

En general las mujeres pertenecientes a distintos sectores sociales, sean decentes o no decentes tenían algo en común, se encontraban bajo la supervisión de los otros, la solteras se encontraban bajo la supervisión legal de sus padres, las casadas bajo la responsabilidad de sus maridos, quienes incluso tenían que firmar conjuntamente sus contratos de empleo (Clark, 2001), las mujeres que estudiaban en internados bajo la supervisión de religiosas y las mujeres que ejercían la prostitución bajo la supervisión del Estado.



## Conclusiones:

A pesar de que el Estado ecuatoriano, a partir de la revolución liberal, primero y de la revolución juliana, después, había entrado en un proceso de modernización, implementado una serie de reformas legales y favoreciendo una institucionalidad que le permitiera avanzar hacia la anhelada modernidad, en la vida y tratos cotidianos la organización social y cultural heredada del sistema patriarcal colonial, encontraba caminos para reproducirse sobre todo en lo que tiene que ver con la concepciones, creencias y prácticas del deber ser femenino.

En el período comprendido entre los años 30 y 50 en la sociedad quiteña, se implementaron una serie de mecanismos para mantener el ordenamiento social y sexual considerado apropiado para las mujeres del sector medio, entre ellos a nivel cotidiano se identifican las prácticas religiosas y sus principios morales; la formación del hogar y la asignación de roles; la educación formal y la oferta laboral; la socialización y la recreación que impusieron en la cotidianidad formas de pensar y de actuar según el género y según el grupo social al que se pertenecía. Esos mecanismos, que se vuelven de dominación y exclusión lograron inscribirse en los *habitus*, en las percepciones, en las subjetividades y en los cuerpos de las mujeres del sector medio, pero también de otros sectores sociales.

La posibilidad de que estas mujeres pudieran reconocer en las relaciones, costumbres, concepciones y en prácticas de género derivadas de ellas, relaciones de poder desiguales, discriminatorias y excluyentes entre hombres y mujeres, era difícil, aunque no imposible, en este determinado contexto histórico y social. En el caso de la sociedad quiteña, la entrada a la modernidad no significó necesariamente, la ruptura o el cuestionamiento al sistema de dominación heredado de la colonia, los hombres “blanco-mestizos” pertenecientes a los sectores altos y medios siguieron concentrando el poder, y con ello la autoridad para decidir sobre la vida de las mujeres, sean solteras o casadas, esto significó que la mayoría de mujeres quiteñas estuviera restringida a desenvolverse en el espacio de lo doméstico, y que apenas un grupo minoritario de mujeres, de clase media y alta, lograría

dar el salto y abrirse paso hacia la esfera pública a través de actividades laborales en la docencia, en la administración pública, en la banca privada. Esto a pesar de que el Estado liberal, el sistema de educación laico y el crecimiento de instituciones burocráticas habían favorecido la emergencia de espacios para la educación, para la participación política a través del voto y para el acceso al trabajo para las mujeres, eso no se hizo efectivo para la mayoría de mujeres que habitaron la ciudad de Quito en las décadas del 30 al 50, especialmente.

Prácticas de exclusión y discriminación, están presentes también entre las propias mujeres, hay que señalar que las mujeres de los sectores medios, al relacionarse con mujeres pertenecientes a otros grupos sociales, levantaban fronteras que establecían marcadas diferencias entre ellas, las diferencias podían estar basadas en la moral, o en condiciones económicas, culturales y/o étnicas de las otras mujeres y dependiendo del peso social de esa categorías, las fronteras se flexibilizaban o se radicalizaban

### CAPITULO 3

#### **LO MASCULINO EN LA CIUDAD DE QUITO EN LAS DÉCADAS DEL 30, 40 Y 50 DEL SIGLO XX**

“La historia del sujeto es la historia de sus identificaciones,...muchos aspectos que intervienen en el proceso forman parte de una tradición, de una memoria, de una historia y de unos hechos remotos, en el que el pasado y la identidad se conectan a través de las significaciones particulares que los sujetos (individuos, comunidades, sociedades y pueblos) asignan a sus recuerdos y a sus olvidos (Chantal Mouffe citada en Zambrano y Grecco, 2000: 207)

En el capítulo anterior se pretendió un acercamiento a las prácticas y concepciones de género que insistieron en la reproducción de la domesticidad femenina y su separación del ámbito de lo público. En este capítulo el interés se dirige a entender como en la vida cotidiana los hombres que habitaban en la ciudad de Quito, en las décadas de 1930, 1940 y 1950, asumían roles, prácticas, formas de relacionarse y formas de sociabilidad que marcaron la construcción de su identidad masculina y de clase.

Este acercamiento se realizará, como en el capítulo anterior desde historias de vida, que en este caso traen al presente recuerdos registrados en la memoria de hombres que crecieron, se educaron y trabajaron en la ciudad de Quito en ese período. Percepciones que ponen en evidencia el complejo entramado de relaciones, prácticas y concepciones en relación al género, a las pertenencias social y étnica que intervienen en la construcción de la identidad de las personas y que obedecen a un determinado orden social.

Como se ha mencionado ya, en capítulos anteriores los cambios económicos, políticos, administrativos, culturales y legales de las primeras décadas del siglo XX, que afectaron la estructura del Estado ecuatoriano tuvieron mucho que ver con un proyecto modernizador que suponía el fortalecimiento del Estado-Nación, de la nacionalidad y la ciudadanía. En la ciudad de Quito el impulso modernizador significó el aumento de puestos

de trabajo vinculados con la administración pública, la banca y la industria, el crecimiento del número de establecimientos educativos laicos con su consiguiente propuesta educativa secularizadora y la acogida de proyectos de urbanización que tenían que ver con la planificación del crecimiento de la ciudad, la ubicación de nuevos barrios, la salubridad, la higiene entre otros aspectos.

En éste capítulo, me parece importante hacer el esfuerzo, bastante complejo, de mirar algunos procesos que afectaron la vida de los hombres en la ciudad Quito, desde la perspectiva de las categorías de género y clase, partiendo del reconocimiento de que clase y género son dos sistemas de relación social diferentes, pero ambos son necesarios para entender el ordenamiento diferenciado que establecen las sociedades pues interactúan en diversos planos. “Aunque analíticamente se puedan distinguir clase y género, en la vida real es difícil separarlos, por lo cual es preferible estudiar los distintos planos de ordenación de las relaciones de género junto con las relaciones de producción y explotación económicas” (Benería y Roldán, citado en Alatorre, 1987:1).

Para efectos de este trabajo la categoría género se entenderá como la utiliza el feminismo en las ciencias sociales, es decir, como el conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones que cada sociedad construye al simbolizar la diferencia, que reglamenta y condiciona la conducta objetiva y subjetiva de las personas, atribuyendo características distintas a cada sexo. (Lamas: 1993). Según Scott, esas diferencias biológicas de las personas se trasladan a categorías sociales y culturales, lo que conduce a que la diferenciación desigual y jerárquica de los cuerpos sexuados esté presente en las instituciones, normas, valores, creencias, representaciones colectivas, en los medios semióticos y en la experiencia subjetiva (Scott, 1996; De Barbieri, 1998 citado en Alatorre).

La categoría clase es muy controversial y puede ser utilizada desde varios planos, sin embargo, para este trabajo se entenderá como Bourdieu propone, es decir como una diferenciación que atiende no únicamente a las propiedades o a las relaciones de producción sino a la manera en que estas propiedades o relaciones conforman un *habitus* de clase determinado que se sostiene con las prácticas de las que es producto. De una

manera concreta, el *habitus* depende de las relaciones que existen entre el capital económico y el capital cultural de un individuo o grupo. Bourdieu concibe las clases sociales más bien como una jerarquía de ocupaciones, que distinguen a las personas por sus rentas y hábitos de consumo y por el prestigio social que se les concede, es así que las diferentes fracciones de clase se definen de acuerdo con el criterio de ocupación y no como fracciones de clase en el sentido marxista. (Cfr. Bourdieu, 1988). Concebir la categoría clase desde esta perspectiva puede permitir establecer su compleja interacción con la dimensión de género. El género al interactuar con la clase, articula en lo cotidiano lo social, lo cultural y lo subjetivo, por eso resulta difícil separarlas en ciertos tipos de relaciones o prácticas, sobre todo aquellas que involucran relaciones hombre-mujer; la posesión de los medios de producción (material o simbólica) y la posición en la estructura económica.

Por lo tanto un primer esfuerzo de trabajar la interacción de estas dos categorías puede hacerse a partir de comprender como se plasmaron en la cotidianidad de los pobladores de Quito relaciones, concepciones y prácticas en el aspecto laboral, educativo, así como en el recreativo y de socialización.

### **La educación de los varones <sup>10</sup>**

En el Ecuador de los años treinta, cuarenta y cincuenta, la oferta educativa, en términos generales estaba diferenciada para hombres y para mujeres, las instituciones educativas que existían eran exclusivas para hombres y exclusivas para mujeres, aunque los oferentes sean los mismos, por un lado el Estado con su oferta de educación laica; y por el otro, la iglesia con su oferta de educación religiosa. El Colegio Americano, como una nueva posibilidad educativa para los sectores altos, era institución privada, laica y mixta que atendía a hijos e hijas de familias adineradas.

Para sus hijos varones, ciertas familias conservadoras y de sectores medios preferían la educación religiosa, sin embargo la opción de la educación laica era también considerada

---

<sup>10</sup> Varones es el término que se usaba, actualmente se sigue usando, en el lenguaje cotidiano para referirse a los hombres, independientemente del grupo etáreo al que pertenezca (niños, jóvenes o adultos).

como posible, cosa que no ocurría necesariamente en la elección de la institución educativa para las hijas mujeres de estas mismas familias, como se vio en el capítulo anterior. Entre los establecimientos educativos reconocidos y valorados para los hombres se encuentran los laicos: Mejía, Montalvo, Militar, Juan Montalvo para la secundaria y para la primaria la escuela Sucre, La Bolívar, La anexa Juan Montalvo, y entre los religiosos El San Gabriel, El Borja, El Cebollar y La Salle.

Yo viví hasta tercer grado de escuela en la Oriente, a la vueltita era el pensionado La Salle, ahí estudié la primaria, cuando me gradué la primaria, ya pasé al San Gabriel, que era donde es “La Compañía” ahora, hasta cuarto curso y de ahí al Militar...yo me enorgullezco de haber recibido la mejor formación de la época, el pensionado La Salle. Los hermanos cristianos tenían cuatro colegios, el uno era pensionado, el de la Salle, tenían tres gratuitos, San Blas, El Cebollar y la Magdalena, con la pensión que nos cobraban a nosotros atendían las necesidades de los otros colegios, y eran unos magníficos educadores, yo me acuerdo, cuando estaba en tercer grado, yo era campeón para cálculo mental (Alejandro Solís, entrevista, 2007).

Posiblemente, para algunas familias del sector medio, en el hecho de escoger el tipo de establecimiento educativo para sus hijos varones, ya no solo pesaba el interés de garantizar su educación moral, como con sus hijas mujeres, sino su capacidad económica, por eso, en la selección del establecimiento de enseñanza secundaria para sus hijos se dio una cierta flexibilización ante las opciones de la educación estatal, que además gozaba de reconocimiento por su calidad. Situación diferente era la de los establecimientos fiscales primarios, que recibían mayoritariamente estudiantes pertenecientes a familias de sectores pobres o de sectores socialmente excluidos, el acceso diferenciado a los establecimientos de enseñanza da cuenta que éste fue un espacio en el que también se reprodujeron prácticas y disposiciones, acordes con el ordenamiento y diferenciación social establecido en esa época.

... Longo<sup>11</sup>, no es si no, el indio joven, a todo el que tenía la piel un poco oscura o que tenía característica físicas de indio, de más nacional que de mezclado, ese era el longo, Yo era de las escuelas de los longos, había gente descalza en la escuela que yo estaba y otros usaban oshotas,<sup>12</sup> cuando aparece el calzado de plástico que es el éxito,

---

<sup>11</sup> Longo, es un término quichua utilizado por la población quichua hablante para referirse a los adolescentes y jóvenes de estos grupos, pero la población no indígena, lo utiliza para referirse a las personas cuya procedencia indígena se manifiesta en sus características físicas o en sus expresiones culturales, también para referirse a personas de sectores populares

<sup>12</sup> Calzado utilizado por la población indígena, hecho de tela y cabuya, en ese entonces, que deja descubiertos los dedos de los pies y los talones.

empiezan a desaparecer un poco los descalzos. La pobreza antes era mucho más generalizada, Yo me crió en escuelas públicas, la Sucre, la Bolívar, la anexa del Juan Montalvo, que eran buenas en educación. (Jorge Araujo, entrevista realizada en Quito, en febrero del 2009)

El acceso a la educación, también se constituyó, en una estrategia que permitía, especialmente a los hombres, cierta movilidad social. Según Bourdieu (1988) “el capital escolar establece unos conocimientos o prácticas tan ajenos al sistema escolar como la disposición hacia el arte, la música”, también hacia el deporte, la higiene, al conocimiento científico, lo que incide en los criterios y disposiciones hacia las cosas, entonces, en el tránsito por una institución educativa se pueden adquirir ciertos gustos, ciertas formas para *diferenciar y apreciar* que luego influenciaran en el estilo de vida que se pretende alcanzar. Recordemos que las reformas educativas implementadas en las primeras décadas del siglo XX incluían actividades que permitieran preparar seres disciplinados, sanos, fuertes y bien conformados, amigos de la ciencia, lo cual conducía a “un mejoramiento de la raza” en términos culturales, según Goetschel (2007).

### **Hombres, sector medio y sociabilidad**

A más de los espacios de socialización de la familia y la escuela, los hijos varones de las familias del sector medio y bajo, contaban con otros espacios como la calle o plazas y parques de su barrio. El barrio, entonces, no es solo el lugar donde se vive, es el lugar al que se pertenece y a partir del cual se establecen grupos de identificación.

Mi padre no tenía un trabajo fijo, eso hizo que no vivamos en un barrio, porque no tenía propiedad, vivíamos donde él podía arrendar, eso no duraba mucho, nunca fuimos de barrio, que era una de las característica de la vida de la época, que le daba sentido de pertenencia a uno “Yo soy de la Tola, Yo soy de San Roque (Ídem).

Para las décadas del 30 a 50 del siglo XX, la población de la ciudad de Quito habitaba, mayoritariamente, en el centro de la ciudad, las casonas con muchos cuartos, patios y zaguán, albergaban en su interior a más de una familia, esto configuraba a la vivienda como un espacio habitacional compartido entre dueños de casa, arrendatarios, subarrendatarios, que no necesariamente provenían del mismo sector socio-económico. La vecindad, venía dada no solo por el hecho de vivir en la casa de “al lado” o en la “casa cercana”, sino por el

hecho de vivir en la misma casa, esta experiencia, sumada a la de vivir en una ciudad pequeña, daba a los pobladores de Quito la percepción de que todos se conocían: “Como te digo, todos nos conocíamos, era como que habías nacido conociéndote, todos eran hijos de familias conocidas” (Rosa Laura Rúales, entrevista, 2009)

El barrio en el que más tiempo viví fue la Guaragua, ahí estaban los Estupiñán, los Roura, los Burbano, los Mora Bowen, que eran amigos, teníamos tres grupos, los viejos, los medianamente jóvenes y los chicos, todos éramos amigos, el hijo del sastre, del zapatero, en mi casa había cuatro covachas a debajo, que subarrendaba mamá, porque mamá arrendó toda la casa y entonces arrendaba piezas. (Alejandro Solís, entrevista, 2007).

Este tipo de vecindad, aparece como un campo de fuerza, en términos de Bourdieu (1988), es decir como un subespacio social relativamente autónomo, un microcosmos al interior del macrocosmos social, en el que se dan tensiones tendientes a conservar o transformar su relación; la vivencia de espacios de juego y vivienda compartida, podría dar la imagen de que los pobladores habían superado viejas formas de establecer fronteras sociales entre los diferentes grupos, pero parece que no fue así necesariamente, las fronteras se levantaban incluso allí en la casona compartida, en el tamaño y número de las habitaciones que se ocupaban, en la cantidad de luz y ventilación que recibían, en el piso que se ubicaban, en el acceso al baño, en la condición de ser arrendatario o subarrendatario. En la casona aún estaba presente la herencia de una sociedad estamental y dividida como la colonial que se reproducía en diferentes dimensiones entre los pobladores de un Quito que pretendía ser moderno.

Y en esa época en la que yo nací, ya a los 86 años, sin vanidades, ni temores, pienso que todo empezó mal, en ese empezar mal yo no tenía ninguna participación, porque era una época en la que se veía muy mal, que uno no sea hijo de matrimonio, eso es un delito prácticamente, el nombre mismo empezaba diferenciándole a uno, “hijo natural”, porque mi padre y mi madre, por decisión de ellos, no se habían casado y por decisión de ellos un día se separaron, debo haber tenido como tres años, no sé donde, ni cuando nací, tengo la idea de que en alguna maternidad de la Loma pero no tuve la oportunidad de preguntar, me inscribieron tardíamente en enero de 1923. A los 86 años, sin vanidades y temores, ya puedo contar, ser hijo natural en mi época era tremendo, era un estigma. (Jorge Araujo, entrevista, 2009).



La calle, se convierte para los hombres, en un cotidiano espacio de sociabilidad, en ella se desarrollan actividades “propias” de varones, como es el mismo hecho de “jugar en la calle”, cosa que las niñas o mujeres jóvenes del sector medio no contemplaban entre sus prácticas cotidianas. La calle era un escenario en donde se ponían en escena comportamientos masculinos.

Yo comencé jugando fútbol en la calle y ahí era bueno, era del equipo del barrio, ya te digo habíamos lo chicos, los medianos y los viejos, esos ya eran farristas, mujeriegos y nosotros solo jugábamos tillos, bolas <sup>13</sup>, tíllos<sup>14</sup>, tones (botones), ruedas de empujar con palo, había unas sillas, no me acuerdo como se llamaban, desarmábamos la silla y sacábamos la rueda, esas se enganchaban en un ganchito para llevar por la calle y no ir golpeando con el palo. Yo le contaba que tenía un triciclo, entonces le sacaba las rueda de atrás para ponerle en coche de madera... porque nos bajábamos la Oriente en coches, toda la Oriente hasta la Fermín Cevallos, con el riesgo de que los carros nos pisen, pero nunca nos paso nada, pero había otros que, como las calles eran empedradas *se bajaban solo en tabla, eran más gallos, supuestamente.* (Alejandro Solís, entrevista, 2007).

## Hombres y violencia

A cada género, socialmente se le atribuyen unas formas de actuar, pensar, y establecer relaciones de maneras determinadas, las mismas que se manifiestan en distintos escenarios (públicos y privados), esas formas aparecen como “lo deseado”, incluso llegan a naturalizarse. Entre las formas de actuar o de relacionarse aceptadas como naturales para los hombres, en esta época, parece ser que se encontraba la de “saber usar los puños” para la resolución de diferencias con los otros hombres, saber atacar o defenderse “trompeándose”<sup>15</sup>: se trata de una práctica masculina aceptada socialmente, y trasciende los distintos sectores. Según Scout, como la diferenciación entre cuerpos sexuados se construye a partir de una serie de normas, valores, creencias, representaciones colectivas, en los medios semióticos y en la experiencia subjetiva” (Scout, 1996 citado por Alatorre

---

<sup>13</sup> Según la descripción del entrevistado para jugar bolas, “se dibujaba un círculo en la tierra y ponías bolas y tingabas desde afuera, todas las bolas que sacabas del círculo de un solo tingazo, eran tuyas, sacabas una bola y seguías el turno, si ya no podías sacar cedías el turno y le tocaba a otro, lo mismo se hacía con los tíllos, los botones y con monedas también”. Testimonio Alejandro Solís.

<sup>14</sup> Palabra usada para referirse a las tapas de metal de gaseosas o cervezas.

<sup>15</sup> Expresión usada para referirse a la acción de agredir físicamente a otra persona golpeándola con los puños.

s/a), el género obliga a responder a una serie de configuraciones particulares en lo social, cultural y subjetivo.

En una época en la que trompearse era la norma y la solución de todos los problemas, todo problema entre los jóvenes se resolvía a golpes, me atrevo a pensar que era como una herencia de la época de honor en que se batían a duelo, en realidad para mí era la mejor forma de resolver los problema, porque una vez que se trompeaba uno generalmente quedaba de amigo con el que se había trompeado, pero había que ser bueno para trompearse, porque si no le daban, entonces había que aprender a trompearse, unos con más o menos éxito. Era lo característico conocer quiénes eran los mejores trompones de Quito, en cada edad había unos dos tres que se destacaban, esto sí, se respetaban normas de honor, que llevaba todo el mundo adentro, nadie pegaba en el suelo y nunca se pegaban entre dos. Entonces la ambición de todos era llegar a ser uno de los buenos trompones, uno de los buenos peleadores, que casi se convertía en una clase (Jorge Araujo, entrevista, 2009).

Me acuerdo habían los pleitos en la escuela Municipal Espejo y la escuela Municipal Sucre, la Espejo era digamos de los pelucones y La Sucre era del pueblo, mi hermano y yo éramos de la Sucre, había un Bolívar Guerreo en La Espejo y se iban a trompear mi hermano y este Guerrero y mi hermano le dice, que es pues vos no pasas de ser un longo con plata, y el Guerrero le contesta, y vos un longo sin plata” (Ídem).

La violencia física se aceptaba en el trato de los hombres con otros hombres, también se aceptaba la violencia simbólica, ambas podían ser vistas como una forma de fortalecer el carácter masculino. Es así, que abierta o disimuladamente la violencia se practicaba con ciertos matices en los espacios de formación escolar o profesional, en espacios de socialización y recreación, incluso al interior de la familia. Si se pudiera seleccionar, para la época, una institución modelo portadora de los valores, normas y prácticas de lo masculino, probablemente sería una institución de formación militar.

Paso becado los siete años de colegio militar, una vida durísima, durísima, eso porque fue un cambio de época militar que fue dura, el cambio hacia que los brigadieres sean unos salvajes, nos trataban muy mal, pero siempre apegados a un reglamento, los excesos no eran por la doctrina, si no de las personas que se aprovechaban de los reglamentos para ser salvajes, era la idiosincrasia de entonces, imagínate que habían unos letreros cuando yo entré que decían aquí “se amansan los bravos y lloran los afligidos”, a las cinco de la mañana nos levantaban a bañarnos en agua fría y hacer instrucción militar, y éramos cadetes, guaguas de trece años, nos trataban a patadas (Ídem).

## **El fútbol**

Aunque el fútbol no se considere necesariamente como un espacio en donde se manifiesta la violencia, según Carrión este deporte tiene un cierto carácter bélico, “el fútbol, además, recurre permanentemente al lenguaje conceptual proveniente del carácter bélico que encierra este deporte, lo cual le permite incorporar a la narrativa y a su esencia los principios y las categorías de la guerra. Pero lo hace desde una perspectiva que racionaliza la violencia” (Carrión, 2009: 17).

En ésta época, y en otras, supongo, la afición y práctica del fútbol tiene una importancia significativa en la construcción de identidades de género entre los pobladores de Quito, la mayoría de los hombres de todas las edades y clase sociales estaban seducidos por la práctica de este deporte, quizá porque como dice Carrión (2009) la seducción del deporte tiene que ver con la copia de comportamientos y la ilusión de creer que somos aceptados en el mismo grupo; permite proyectarse y socializar con extraños a los que se consideran iguales. Este deporte permite actuar públicamente, “una masculinidad” que tiene unas convenciones, unas fórmulas, una gestualidad, unos manejos del cuerpo específicos, conocidos y adquiridos por los hombres desde su infancia y que se ponen en juego y se prueban frente a otros hombres.

Se acuerda que le contaba, que en mi Primera Comunión mamá me dio treinta sucres para que me compre zapatos del uniforme para hacer la Primera Comunión y yo me compré los zapatos de fútbol, y me obligó hacer la primera comunión con los zapatos de fútbol, yo no tengo más plata me dijo, y tuve que entrar a la iglesia que tenía el piso de madera con esos zapatos y sonaba chalan, chalan, era mi sueño el fútbol, de mis compañeros que jugábamos esa época uno se hizo estrella el Pocito, llegó a jugar en el primer Aucas. El fútbol se jugaba en las calles, hasta que algún comedido te enseñaba las reglas, había juegos con otros barrios, cuando ya éramos grandes nos íbamos a jugar en los parques al Ejido y a la Alameda, no había la Carolina. Después jugué en el “Crak”, era época del amateurismo, todavía no había equipos profesionales, cuando estaba en quinto curso del colegio militar me llevaron al “Crak”, prestado, los socios eran los hermanos López, los...al Jorge Cruz, al ratón Moncayo y a mí nos llevaron para que juguemos en el “Crack” por un tiempo no más porque ya en sexto, no te da tiempo el colegio para hacer nada, año de grado. Con los de mi barrio teníamos otro equipo “El San Lorenzo”, el Pepe Estupiñán, el Candelas, jugó en el Mejía, era centro delantero del Mejía, un gran futbolista. Entre los equipos de barrio jugábamos invitándonos, por ejemplo un amigo me decía pásame la monina para hacerte la invitación, los otros te pasaban la nómina de ellos y ya, todo el mundo jugaba fútbol, unos sobresalían otros no (Alejandro Solís, entrevista, 2007).

El juego de fútbol, una práctica frecuente entre la mayoría de hombres del sector medio en las décadas del 40 y 50, permite afirmar que fue un espacio privilegiado de socialización, considerado sobre todo como un espacio que otorgaba a los hombres ciertas pautas de comportamiento masculino. “En el juego de fútbol se ha proporcionado a los hombres un escenario, unos guiones, unas narrativas, unos adversarios, que han contribuido a representar la masculinidad en público” (Carrión, 2009: 17).



**Foto no. 6: equipo de fútbol barrial en la década de los 40. Foto del archivo personal de una de las entrevistadas.**

### **Hombres y su relación con las mujeres: Caballerosidad**

Si la violencia se aceptaba como forma de relacionarse con los otros hombres, la caballerosidad se valoraba para relacionarse con las mujeres. La caballerosidad es la vía de acercamiento y conquista a las mujeres, ella condensa la idea de respeto y consideración

que se debe prodigar al otro sexo, es un arte a desarrollar, una práctica a cultivar, altamente valorada, no hay aparentemente en ella, según la percepción de quien recuerda, la intención de convertir a la mujer en un objeto o de considerarla inferior.

Yo no entiendo de que se liberaron las mujeres, si en nuestra época les teníamos en un altar, cuando éramos cadetes, íbamos a una fiesta para bailar con una chica y había que hacer lista, porque generalmente había una muchacha y unos 15 a 20 hombres en fila, y ella se daba el lujo de decidir con quién bailar y con quién no. Yo no sé de qué que se liberaron, si les abríamos la puerta y para que bajen había que darles la mano, es decir estaban en un altar, la mujer no era igual al hombre era superior, le rendíamos homenaje y la conquista mayor, era conquistarse una mujer, era lo máximo que se podía aspirar. Había respeto para la mujer, no era subordinada, si no que había respeto, estaba en un pedestal, era una conquista para lograr conseguir, dicen que se han liberado que ahora es mejor, yo creo que le han perdido el respeto (Jorge Araujo, entrevista, 2009).

El éxito con las chicas era saber bailar tango, la conga, el mambo, aunque era muy difícil el proceso de conquista, cuando uno le conocía era galantearle, galantearle, piroppearle hasta conseguir una sonrisa, cuando uno lograba una sonrisa, entonces se iba a parar a la esquina, entonces empezaba a darle sereno, cuando en el sereno se veía que se prendía la luz era que ya le aceptaron el sereno, después del sereno, se conseguía por medio de algún pariente, de algún amigo una cita y empezaba el enamoramiento, por eso digo las mujeres eran unas reinas, unas diosas, que había que hacer un esfuerzo tremendo para conquistarles y atrás de cada chica había cincuenta (Ídem).

La serenata ofrecida a las mujeres en el proceso de conquista, era una práctica masculina en donde el hombre enamorado, con la ayuda de otros hombres se mostraba en la escena de la conquista, detalle que hablaba muy bien del oferente de la serenata. Pero aquí hay que mencionar que para poder ofrecer una serenata, había que tener recursos materiales y/o simbólicos, pues si no se podía pagar a los cantantes era necesario recurrir a los amigos o conocidos bohemios, lo que implicaba un recorrido por otro espacio de socialización masculina aceptado socialmente: la cantina

Ellas le echaban una mirada a uno, y ya flechado, entonces después comenzábamos a irle a ver al colegio, a lo que salía del cine, y más grandecitos a dar serenitos, yo viví la época de la galantería, y era lo que se llama un bohemio puro, porque me gustaba dar serenitos, entonces se conseguían los serenitos en las cantinas donde se reunían los guitarristas, ahí se les iba a buscar. Para conseguir cantantes íbamos a San Blas, había una

cantina que adentro tenía una especie de espacio donde se reunían los guitarristas que daban serenos, porque se arrendaban los serenos, eran baratos, a veces tenías amigos, a veces no. Una vez yo le di un sereno a una enamorada con el Potolo Valencia. A otra con el Gortaire, y con el Julio Jaramillo, porque un día llegó a esos espacios (Alejandro Solís, entrevista, 2007).

Las relaciones que los hombres del sector medio establecen con la mujer se pretenden respetuosas y sin ninguna carga de subordinación o desigualdad, el hecho de que las mujeres sigan siendo imaginadas como las llamadas a asumir naturalmente la reproducción de la vida doméstica y la crianza de los hijos, tal como en las décadas anteriores, y a pesar de conquistas importantísimas como el voto de la mujer, la desaparición de obstáculos para el acceso a la educación y al trabajo, no implica necesariamente, en la percepción de los hombres, (y en la de algunas mujeres) una situación discriminadora para su condición de género, ni que afecte o limite su desarrollo.

Uno trabajaba, mejoraba con la esperanza de darle a esa chica todo lo que merecía, por eso no trabajaban y por eso había familia, porque la mujer una vez casada se dedicaba a la familia” (Jorge Araujo, entrevista, 2009)

Expresiones como “las mujeres eran reinas, diosas, estaban en un pedestal” y otros piropos que los hombres solían decir a las mujeres, permite poner en evidencia que la elaboración semiótica, produce estereotipos, representaciones, que también median las relaciones desiguales entre hombres y mujeres. Hay enfoques que sostienen que el sistema de diferencias que denominamos lenguaje está surcado por relaciones y su uso cotidiano refleja y produce desigualdades.

Pero como afirma y pregunta Goetschel, si es verdad que el Ecuador ha sido un país de caballeros respetuosos de las mujeres, corteses y galantes, ¿ha dejado por eso la mujer de ser discriminada? (Goetschel, 2003: 81). Sabemos, como se mencionó en el capítulo anterior, que durante los años 40 y 50 los hombres de clase media y alta, concentraban en sus manos el poder político y social, dominaban el ámbito público mientras la mujer empezaba, con mucho esfuerzo, a salir del ámbito doméstico incursionando en la docencia y en la administración pública como secretaria, generalmente.

Por otro lado, a pesar de su positiva valoración, la caballerosidad parece fue selectiva, no era totalmente incluyente, ella se practicaba con algunas mujeres. Me pregunto ¿si los hombres del sector medio establecían relaciones de caballerosidad con las mujeres que trabajaban en el servicio doméstico o con mujeres de otras clases sociales o grupos étnicos? La caballerosidad, aparentemente, no siempre logra escapar a las dimensiones de diferenciación social que clase y género establecen como distancias sociales y ordenan la realidad sociocultural.

### **Otros espacios para socializar**

Otros espacios de socialización masculina, en los cuales también se podían poner en escena cierta gestualidad, ciertos guiones, ciertos comportamientos típicamente masculinos eran las cantinas y los cabarets, en la primera se reunían con los amigos y trago en mano conversaban sobre política, deporte u otros “asuntos de hombres” y a los segundos acudían en busca de mujeres, con las que se podía iniciar o experimentar una sexualidad de forma clandestina, aunque la clandestinidad se guardaba preferentemente ante las mujeres, no ante los hombres, necesariamente. De todas maneras parece ser que el hecho de asistir a cantinas y cabarets, era una práctica conocida.

En la época de estudiantes, no había discotecas, no había salones donde se pueda ir a bailar, lo que habían eran los cabarets, donde se reunían las prostitutas, eso naturalmente era oculto, y las cantinas... los jóvenes iban a cabarets, como era tan difícil acceder a una enamorada, a una chica (Ídem).

Frente a lugares de socialización-recreación “no decentes” como las cantinas y los cabarets, aparecen el cine, el teatro, los cafés como espacios de socialización decentes, en los cuales los hombres del sector medio, se encuentran con mujeres, también decentes. Vienen a la memoria de los entrevistados, muy rápidamente el Teatro Sucre, El Bolívar, el Teatro Variedades, el Wonder Bar, el Niza, pero a estos no asistían todos los sectores de la población de la ciudad de Quito.

En el 38-40 sale el primer bar con música en que se podía ir a bailar con *chicas bien*, se llamaba “Boris Bar”, era en el Pasaje Royal, frente a las gradas, era de un ruso y tenía unos muy buenos helados con arropo de mora y nueces, se pasa después al Ejido, se pone un salón de té. En el salón de té Las Palmeras del Hotel Metropolitano de la Plaza Grande también se reunía la gente elegante de Quito, y había otro en el

teatro Bolívar “El Wonder Bar”, son los lugares de diversión decentes que yo conocí.(Ídem).

Sin embargo, para conocer chicas “bien”, es decir mujeres con las que pensar en establecer una relación seria o con algún tipo de proyección futura, los espacios familiares o barriales eran considerados como canales adecuados.

...pero en época de inocentes, el cine Popular que quedaba en la Esmeraldas entre Montufar y Guayaquil cerca de la Plaza del Teatro, y en el Puerta del Sol, en la 24 de Mayo había bailes de máscaras, los dos se hacían salas de baile, pero a las chicas de bien, decentes, no les dejaban ir a estos, generalmente eran fiestas familiares que uno tenía que palanquearse de forma descarada para que le inviten y claro eran grupos cerrados (Ídem).

En esta época divertirse sin que cueste mucho dinero era importante para la mayoría de los hombres quiteños del sector medio y que vivían estrechamente. Por esta razón, algunos empleados de ministerios acostumbraban a salir, “con buen sol, provistos más o menos de cigarrillos y con una cantidad casi excesiva de buen humor”, los días sábados y festivos a la esquina del “Teatro Bolívar” y los domingos a la Plaza Grande o a la del Teatro para mirar todo lo que pasaba por la calle y evidentemente a las señoritas (Duran, 2000: 95)

Las oportunidades de sociabilidad masculina se extienden a espacios sociales diversos como el barrio, las calles, plazas, parques, cines, teatros, cafés, cantinas y cabarets, esto implicaba que los referentes en la construcción de lo masculino provenían mayormente de fuera del ámbito doméstico, provenían de los espacios públicos y de las diversas interacciones que en ellos se daban en los tratos cotidianos con los otros. Es aquí donde encuentra sentido, lo afirmado por Kingman, “Los hombres no solo habitan la ciudad sino que se ven envueltos en un juego de representaciones de pre-lecturas que sirven de base a su relación cotidiana con “el otro” y con sus espacios” (Kingman, 1999: 23).

### **Hombres, ocupaciones laborales y otras distinciones**

Los cambios ocurridos durante los treinta primeros años del siglo XX, como hemos visto, no habían logrado diluir las fronteras sociales en los tratos cotidianos de los pobladores de



Quito, aunque si las habían flexibilizado algo, por esa época se vivía aún el tránsito de una sociedad estamentaria, heredada de la colonia a una moderna sociedad de clases en términos marxistas, es por esto que el concepto de clase de Bourdieu es útil para entender que en los años cuarenta y cincuenta ciertas ocupaciones permitieron a los hombres, en edad de trabajar, acceder a recursos simbólicos que les ubicaron socialmente en lo que podríamos llamar una clase, así los hombres que participaron de ciertas ocupaciones laborales aventajadas por el salario y el reconocimiento social, pudieron definir su posición en la estructura social en una situación de privilegio sobre otros hombres y sobre las mujeres. El tipo de trabajo al que se accedió, fue un elemento más en el que se asentó “la construcción de las distinciones y diferenciaciones sociales (étnicas, de clase o género) que en los ámbitos cotidianos confirman, renuevan, y reproducen relaciones de poder desiguales y excluyentes” (Bourdieu, 1985: 80-88).

El sector medio, según Cecilia Durán lo afirma en su libro “Irrupción del Sector Medio Burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944”, emerge a partir de los años treinta como resultado de las transformaciones económicas, políticas y culturales gestadas por los gobiernos liberales, “reunía a un gran número de individuos dedicados a ocupaciones muy diversas, el burócrata es sólo un componente, están además, la oficialidad militar, los empleados particulares, los profesores, los pequeños propietarios y comerciantes, personas en trance de abandonar filas obreras o que ya han dejado esas filas: trabajadores manuales, maestros de taller en general, estudiantes hijos de la chacería...la chullería del Norte, los antiguos nobles llegados a pobreza y que por lo mismo han perdido sus escaños en la “alta sociedad” (Duran. 2000: 27- 28).

Este sector era de gran heterogeneidad pero en esta época vivía un proceso de gran movilidad (Durán, 2000), es por eso que durante los años cuarenta y cincuenta el trabajo pudo ser la vía en que los hombres que pertenecían al sector medio y bajo mejoraran su posición social, aunque los hombres de ciertos sectores sociales veían reducidas sus posibilidades de acceder a una profesión bien remunerada, debido a los recursos económicos de que disponían para su formación o por su mesticidad, sin embargo existieron formas de acceder a una profesión o trabajo que les permitiera de alguna manera

proyectarse socialmente de forma distinta. La Milicia fue una opción, para el año 1936, se organizaba el Colegio Militar con ello se establecían seis años de educación secundaria para graduarse de subteniente y dar inicio a una carrera militar. También se constituyeron en una opción de movilidad social cargos burocráticos que se crearon a partir de la reformas de secularización del Estado, los que se concentraron en la ciudad de Quito, y los cargos que ofrecía el sector privado como la banca que iniciaba sus actividades regulares en la década del 40 en Quito.

...entiendo cómo influencia del medio, no había en esa época más posibilidades de trabajo que ser empleado público, militar, cura o profesional doctor e ingeniero, que creo que eran las Facultades de Medicina y Leyes, pero para mí medio económico la universidad era carísima entonces la posibilidad de ser médico, abogado, o ingeniero, no había, no había industria,, entonces no quedaba más que ser empleado público o militar y creo que esa fue una de las razones por las que me incliné por la carrera militar. Le digo a mi padre, quiero ser militar y él con toda la franqueza que siempre tuvo conmigo, me dice ¡claro! pero eso depende de ti, porque yo no tengo para pagar la pensión, costaba ochenta sucres mensuales la pensión del Colegio Militar, no tengo, no puedo pagar ochenta sucres mensuales, depende de ti porque han salido unas promociones que dicen que los tres primeros puestos, que en fuerzas armadas se llaman antigüedad, les darán beca, así que si quieres entrar tienes que estudiar para ganarte la beca (Ídem)

El empezó de cajero en la Previsora, unas veces era pagador, otras recibidor, de ahí se fue al Hotel Humboldt de Gerente, estaría unos tres o cuatro años, después le llamaron para que regrese al banco y fue de Subgerente, el era muy apreciado por Falconí que era el Gerente (Rosa Laura Rúaless, entrevista, 2009).

El hecho de tener o no oportunidades, entre las que contaban la formación educativa, las relaciones sociales, y posición en la estructura social, hizo que el acceso al trabajo se haya dado de forma diferenciada entre los hombres que pertenecen a diferentes grupos sociales, y entre los hombres y las mujeres, situación que de alguna manera determinó, el acceso diferenciado, también, a la distribución de los recursos simbólicos y materiales de la sociedad de la época, con los cuales se conseguía una determinada posición en la sociedad, reconocimiento, pareja y familia.

Los pobladores de Quito que lograban ingresar a las filas del sector medio emergente, incorporaron en sus prácticas cotidianas símbolos de diferenciación social, que naturalizaron las fronteras sociales y culturales, con las personas que pertenecían a otros sectores sociales, sobre todo con los sectores populares o que procedían de sectores rurales,

así como respecto a los nuevos sectores en ascenso. Entre los signos de distinción se pueden mencionar la forma de vestir, de hablar, el aprecio por la higiene, por el cuidado del cuerpo, el gusto por la música, etc.

El hombre del sector medio se vestía de “terno de casimir oscuro a la última moda europea-para alejarse de la cotona del indio y del poncho del cholo” (Durán, 2000: 78), tenía presente que el vestido era un diferenciador social, por lo tanto procuró usar prendas de vestir que le permitieran representar la pertenencia a su grupo social, o al que pretendía pertenecer. Esta situación era conocida en los tratos cotidianos, tanto que estaba incorporado al habla común el uso de la palabra “chulla”<sup>16</sup>, para referirse a los hombres que aparentaban a través del vestir una posición o condición social.

...nos decían ¡ve estos chullas dados de ni se cuanto!, yo considero que fui chulla, no en el concepto peyorativo del término, chulla se decía exclusivamente al quiteño que vivía aparentando, que tenía un solo terno, normalmente azul oscuro, pero que podía estar siempre bien presentado, con buena pinta (Alejandro Solís, entrevista, 2007).



**Foto no. 7: Hombre adulto del sector medio. Archivo personal de una de las entrevistadas.**

---

<sup>16</sup> La palabra chulla es una palabra de múltiples significaciones, depende en el contexto que se usa, cuando se refiere a los hombres, quiere significar que aparentan una posición social a través de su vestimenta, pero que en realidad tienen una sola camisa, un terno, un par de zapatos, en alusión al personaje de la literatura ecuatoriana “El Chulla Romero y Flores”

Los hombres de este sector, que se habían vinculado a la carrera militar, contaban con otro tipo de marcadores externos para diferenciarse, o para hacerse notar, el uniforme les permitía moverse en distintos escenarios y proyectar una imagen de buen porte y elegancia.

Lo más importante de los actos sociales públicos era el cine y el especial del Bolívar era elegantísimo, al Bolívar había que ir elegante, nosotros con el uniforme ya estábamos elegantes, pero cuando no, se usaba terno, saco y pantalón, abrigo, paletó teníamos todos, porque llovía mucho, no había este sport que hay ahora (Jorge Araujo, entrevista, 2009).



**Foto 8: Joven cadete con uniforme. Foto del archivo personal de uno de los entrevistados.**

Otro signo externo de pertenencia a un sector social, era aquel ligado con la “posibilidad de vivir en casa propia”, esto fue posible gracias a que las reformas para modernización del Estado, incrementaron en Quito gran cantidad de puestos de trabajo

vinculados a la administración pública, y en menor medida, al sector privado, estos puestos de trabajo garantizaban a quienes estaban vinculados a ellos un sueldo mensual fijo y los beneficios de la Previsión y Seguridad Social implementados por el Estado. Esto pudo haber dado a los empleados públicos del sector medio, una relativa estabilidad económica, lo que les impulsó a endeudarse para “hacerse de casa propia” a través de préstamos otorgados por la Caja de Pensiones del Seguro Social o por la banca privada que también otorgaba préstamos con ese fin, esto les permitía desvincularse de la condición de arrendatarios o subarrendatarios que pesaba sobre la gran mayoría de pobladores de la ciudad de Quito.



**Foto no. 9: Anuncio de Prensa en el que se ofertan préstamos para la adquisición de viviendas en el nuevo barrio de la Mariscal. Periódico El día, Quito, 16-01-1940, pág. 2.**

Esto genera, que la ciudad mayormente concentrada en el centro, se expanda hacia el sur y hacia el norte, y que las casas unifamiliares, frente a las casonas grandes que albergaban a varias familias en el centro, se vuelvan la nueva opción de vivienda, así se cambia el espacio compartido con otras familias por uno que privilegia la intimidad de la familia nuclear. Las actividades laborales, remuneradas con salarios fijos y amparadas por la seguridad social, son un factor que contribuye a la adquisición de formas de pensar y estilos de vida nuevos.

Yo me caso en el año 1946, el primer departamento arrendamos en la calle Salinas, entre Buenos Aires y Río de Janeiro, la primera casa que logré

comprar es donde mi sueldo me permite, compro con la Caja de Pensiones en la Magdalena, en la ciudadela San José, casitas pequeñas, bonitas y al alcance nuestro (Ídem).

La Magdalena, era una ciudadela que hizo el Seguro, como era cerca del cuartel, les vendieron a los militares, uno se pasó la vos al otro y al otro, algunas casas de la Mariscal eran iguales a las de la Magdalena, porque tanto las casas de la Villaflora, Mariscal y Magdalena fueron hechas por el Seguro para vender sus afiliados (Graciela Chiriboga, entrevista, 2007).



**Foto no. 10: Casa unifamiliar en la Magdalena, adquirida con préstamo de la Caja de Pensione. Foto del archivo personal de una de las entrevistadas.**

Según Bourdieu, “la homogenización objetiva de los *habitus* de grupo o de clase que resulta de la homogeneidad de las condiciones de existencia, es lo que hace que las prácticas puedan estar objetivamente concertadas sin calculo estratégico alguno ni



referencia consciente a una norma” (Bourdieu, citado por Feito, 1997: 18). Así la pertenencia a una clase se convierte en un elemento unificador de los comportamientos, de modo que se hace visible la pertenencia misma. La ubicación de la casa, la selección del barrio y la ubicación de este en la ciudad fueron importantes en este sentido.

## **Conclusiones**

En los años 30, 40 y 50 si bien la modernidad se abría camino, aún se manifestaba de forma incipiente, como lo afirma Kingman (1999) lo moderno y lo pre-moderno convivían y hasta llegaron a yuxtaponerse, esto dejaba abierta la posibilidad de mantener ciertas estructuras de la vida social intocadas, mientras que otras se sometían a cambio con cierta flexibilidad. Entre estos aspectos podemos mencionar aquellos que se relacionaban con concepciones, representaciones y prácticas de género, clase y procedencia étnica o “racial”. Es así, que para la época, “lo masculino” actúa como una dimensión de diferenciación social entre hombres y mujeres, pero al mismo tiempo se interrelaciona con otras categorías como las de clase (sector social para la época) etnia y raza que también ordenan la realidad sociocultural. Al observar los tratos cotidianos, estas categorías, a pesar de ser independientes para el análisis social, aparecen estrecha e intrincadamente relacionadas, tanto en las formas y espacios de socialización, educación, trabajo, recreación como en las formas de expresión y de relacionamiento entre hombre y mujeres, y entre los mismos hombres.

Vemos que, durante este período los hombres del sector medio de la ciudad de Quito, interactúan en espacios sociales diversos como son los lugares de trabajo, cafés, teatros, cine, bares, calles, plazas, cantinas y cabarets, espacios estos que les permiten relacionarse hacia fuera del espacio privado, y con ello transitar natural y libremente por el espacio público, situación que contrasta con la de sus pares femeninas, ya que la mayoría de ellas estaba “naturalmente” confinada al espacio de lo privado.

Para el trato entre hombres, independientemente del sector social al que pertenezcan, se acepta la violencia explícita como forma una forma “masculina” de resolución de problemas o diferencias con los otros, por eso es que llegar a ser “gran trompón” es un reconocimiento social por el que muchos apuestan. También se acepta la violencia implícita que suponen las reglas y gestualidad de los enfrentamientos deportivos, como las que suelen manifestarse en los juegos de fútbol así sean estos “amistosos”. Mientras que para el trato de los hombres con las mujeres se aprecia, en la sociedad quiteña de la época, la caballerosidad, el trato delicado y galante, sin embargo ésta implica un concepto de mujer objeto a ser conquistado, a ser poseído que se verbaliza en las frases que los hombres dirigen a las mujeres y que reproducen estereotipos de lo femenino y dan cuenta de relaciones de poder desiguales entre géneros.

En estas tres décadas, las diferencias de género tenían mucho peso en el ordenamiento de la sociedad, pero también lo tenían aquellas que instituían la diferencia por pertenencia de clase (sector social) y por pertenencia a un grupo étnico o “racial”, sin embargo algunas fronteras se fueron flexibilizando, sobre todo las de pertenencia de clase, gracias a que el tránsito de la ciudad de Quito a la modernidad, también supuso el paso de una sociedad estamentaria a una sociedad organizada en función de clases, ese movimiento permitió que aspectos como la educación, el apellido, las relaciones sociales, la profesión, la ocupación laboral, el sector de residencia, la adquisición de hábitos reconocidos y valorados como lo deseable (como las formas de vestir, de comportarse frente a las mujeres y /o frente a los otros hombres, el gusto por lo refinado, etc.) produjeran un lento reordenamiento a nivel social, beneficiando, sobre todo, a los hombres del amplio y heterogéneo sector medio. Mientras que, la mayoría de hombres pertenecientes a sectores populares o a grupos étnicos o raciales diferentes, estuvieron al margen de este movimiento.



## CAPITULO 4

### DANDO EL SALTO A LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Los procesos históricos están siendo hechos por personas de carne y hueso, que viven dentro de grupos concretos. ..Estoy firmemente convencido que no podemos entender este fenómeno de clase si no lo vemos como una formación social y cultural, como algo que surge de unos procesos que sólo pueden ser estudiados en pleno funcionamiento y a lo largo de un dilatado período histórico (Thompson, 1977: 7 y11).

Este capítulo sigue con la lógica de los anteriores, de pretender un acercamiento, desde la percepción de los habitantes de Quito, a aquellas formas de ordenamiento social presentes en los tratos cotidianos, lo que me interesa conocer aquí, de manera concreta, es si en las décadas de los años 1960 y 1970, fronteras sociales basadas en concepciones de género, clase y étnicas, existentes en décadas anteriores permanecieron, se diluyeron o fueron mutando.

Se ha mencionado ya, que la modernidad introdujo en la sociedad ecuatoriana una serie de reformas económicas, política, jurídicas y administrativas que afectaron su dinámica social. Durante las primeras décadas del siglo XX, los gobiernos liberales y post liberales promovieron una serie de reformas tendientes a modernizar el Estado e incorporar al Ecuador al mercado mundial y a su lógica económica. A pesar de ello a nivel social, en términos de relaciones de género, de clase, y “étnicas”, los cambios fueron más lentos; hasta la década de los años cincuenta, sobrevivieron a los esfuerzos modernizadores, y a los intentos de igualdad ciudadana, valores y comportamientos de una sociedad tradicional tremendamente dividida. Según Kingman (2006) “No hay que perder de vista, que en nuestras ciudades la modernización de las instituciones se dio en un contexto en el que seguía funcionando una sociedad tradicional, estamental y jerárquica”. (Kingman, 2006: 52).

Como hemos visto, el período que comprende las décadas de 1930, 1940 y 1950 supusieron años de un cierto rea-acomodamiento social, con eso quiero decir que el ordenamiento de una sociedad estratificada según “estamentos” transitaba hacia una sociedad ordenada por “clases”, en esa transición la población se movía en un campo de fuerzas, en el sentido de Bourdieu, en el que aún era posible afirmar y reproducir anteriores formas de organización social, mientras emergían nuevas.

### **Ordenamiento constitucional y ciudadanía**

Las reformas impulsadas desde el Estado y que quedaron plasmadas en las diferentes constituciones que se promulgaron en Ecuador desde el período liberal hasta la década del sesenta, (1929, 1945, 1946, 1967) pretendieron gradualmente garantizar la igualdad de los ciudadanos ante la ley; la del 29, por ejemplo daba grandes pasos con la abolición definitiva del concertaje, el voto “facultativo” de las mujeres y su acceso a la educación y al trabajo, estas reformas “establecieron una ciudadanía sin distinción de sexos” (Corral, 2006: 277). En 1945 uno de los pasos fundamentales de la Constitución fue la creación del Tribunal de Garantías Constitucionales, como organismo encargado de cuidar el ejercicio de los derechos constitucionales y ciudadanos y garantizar el sufragio; en la Constitución del 46, igualmente se plasma el interés de garantizar el libre sufragio, adicionalmente allanó el camino de la de 1967 en lo relacionado con un principio en contra de la discriminación de los hijos ilegítimos llamados hijos “naturales”, habidos fuera del matrimonio, en los campos de la herencia y la educación. Fue fecunda en derechos laborales. El primer código de trabajo se expidió en 1938, en 1936 se expidió la Ley orgánica de trabajo, el primer paso en firme para contar con una legislación laboral (cfr. Corral, 2006).

Constitucionalmente se pretendía que hombres y mujeres, mayores de edad, sin distinción de condición social, económica, pertenecía étnica o adscripción religiosa sean considerados iguales ante la ley, asunto que “en el sentido común ciudadano”, según lo utiliza Guerrero (2000), de los pobladores de la ciudad de Quito no cristalizó fluidamente en la cotidianidad.

La ciudadanía está concebida en el sentido de campo de fuerza de los agentes sociales, y no se focaliza únicamente en su relación jurídico-política con el Estado, sino también en un contexto de estrategias cotidianas e inmediatas de poder entre las poblaciones, ya que “política, social y culturalmente, la significación de la ciudadanía en el tráfico inmediato diario depende de los campos, las coyunturas y las relaciones de fuerza en que los que se cimienta. Por lo tanto, la construcción de la ciudadanía tiene un referente jurídico definido en función del Estado y un referente en el *sentido común de las personas*, este último indica ciertas percepciones mentales y sensibilidades relacionadas con clasificaciones o divisiones sociales y étnicas de los ciudadanos (Guerrero: 2000: 12).

## Los años 60-70

José Moncada sostiene que en la década de los sesenta el Ecuador empieza a vivir una etapa distinta, en la que se afirma un relativo crecimiento capitalista, un proceso de urbanización acelerado, un crecimiento de las fuerzas productivas y la integración definitiva del país al mercado mundial. Se produce por tanto un cambio cualitativo en la formación social ecuatoriana en la que influyen factores como el incremento del capital mercantil y su concentración en la burguesía agro-exportadora y comercial del litoral; la expansión de la red de transportes y comunicaciones, la mayor integración del país, la rápida expansión de la población en las principales ciudades del país, aplicación de políticas de fomento industrial. El intento más serio de carácter reformista lo llevo adelante la Junta Militar (1963-1966) en las áreas agraria, tributaria y administrativa, con el objetivo de amortiguar el descontento campesino y las contradicciones del agro y para modernizar el país abriendo un cauce más amplio a la industrialización. Al final de la década del sesenta el crecimiento de las fuerzas productivas se aceleró notablemente y se diversificó la producción. En la segunda mitad de la década se modifican los patrones de participación laboral de la mujer, se expanden servicios de educación y salud, el proletariado industrial está en proceso de conformación (Moncada, 1996: 58-66).

A partir de 1960, según Corral empezó otro Ecuador, como en el resto de Latinoamérica, el proceso urbanizador se había cumplido, la ciudad no el campo, lo urbano y no lo rural definieron la vida real y simbólica del país. La abolición de las formas

precarias de trabajo marcó la entrada al capitalismo, con lo cual la ciudad moderna completó su verdadera imagen (Corral: 2006: 331).

La tenencia de la tierra sufrió cambios gracias a las reformas que se implementaron tanto en la década del sesenta, como en la del setenta, a decir de Corral las dos fases de la reforma agraria, la de 1964 y la de 1972, se dieron en períodos de dictaduras militares, promovieron con la intención de modernizar el agro ecuatoriano, eliminando las formas precarias de trabajo, las remuneraciones no monetarias y destruyendo las propiedades agrícolas ineficientes, lo que en alguna manera redujo el peso de los grandes latifundios y el poder de los grandes terratenientes (Corral, 2006: 377).

Para la década de los años setenta se produce una re-afirmación de los cambios que caracterizaron la década anterior: mayor gravitación de los centros urbanos; ampliación y diversificación de la base exportadora- particularmente el apareamiento del petróleo. Acentuación de procesos de industrialización sustitutiva de importaciones, mayor comunicación nacional, presencia de capas burguesa industriales, comerciales financieras asociadas al capital transnacional, crecimiento de la población trabajadora asalariada principalmente en el sector urbano; concentración creciente de la producción y el capital; extensión del mercado propiamente capitalista. En 1972, se inicia “el milagro ecuatoriano” con la explotación de petróleo que permitió ingresos espectaculares que se distribuyeron en el sector público, industrial y financiero. Los recursos captados por el Estado permitieron invertir en infraestructura vial, energética, sanitaria y atender a presiones sociales y económicas múltiples capaces de atenuar conflictos sociales, pero además los grandes excedentes absorbidos le permitieron asociarse con capitalistas nacionales y extranjeros en la creación y fortalecimiento de bancos, financieras, industrias, medios de transporte, electricidad y petróleos. La economía nacional en términos de producto interno bruto creció (Moncada, 1996: 67-74).

El Estado ecuatoriano en los años setenta jugó uno de los roles principales en la asignación de los recursos económicos y en la programación de los estilos de desarrollo, la renta petrolera y su multiplicación en términos del aparato productivo interno se constituirá

en el motor más activo del proceso de reproducción social (Pachano, 2003: 15-17). Weiss, sostiene que durante la década de 1970, “el proyecto de modernización del Estado se basa en la inversión de los réditos petroleros en proyectos: caminos, infraestructura y electrificación, así como de industrialización. Todos los proyectos se localizan en las ciudades, en este contexto, lo blanco se asocia con urbanización y al mismo tiempo se lo liga con categorías de "civilización". El “nuevo ecuatoriano” se concibe como un trabajador o alguien que trabaja para el desarrollo nacional (El Comercio, 10/10/1977 en Stutzman, 1981:71). En pocas palabras, la capital del país se convierte en el escenario de la modernidad, al igual que del proyecto nacional de desarrollo (Weiss, 1999: 221).

Si en este nuevo proyecto unificador ciudadano, el nuevo ecuatoriano es quien trabaja para el desarrollo de la nación, ¿Quiénes serán los nuevos ciudadanos de la modernidad en la sociedad quiteña?

### **Igualdad ciudadana entre hombres y mujeres de clase media**

En la décadas que comprenden los años sesenta y los setenta del siglo XX, el acceso al trabajo, a la educación, a los espacios de recreación y a los espacios públicos, parecen ser un claro marcador de hasta donde llegaba la pretendida igualdad de los ciudadanos ante la ley entre los habitantes de Quito: hombres y mujeres provenientes de distintos sectores sociales o de distintos grupos étnicos. Por esto que se pretende un acercamiento a estos aspectos.

### **El Trabajo**

Según el “Segundo Censo de Población y Primero de Vivienda”, realizado por la División de Estadísticas y Censos de la Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica, el 25 de noviembre de 1962, la población masculina urbana económicamente activa e inactiva de Quito (cabecera cantonal) alcanzaba un total de 106.396 personas, de las cuales 78.109 eran activos y 28.287 inactivos, de los inactivos 23.703 eran estudiantes y 142 estaban dedicados a quehaceres domésticos. Mientras que la población femenina

económicamente activa alcanzaba un total de 125,599 personas, de las cuales 38.886 eran activas y 86.713 eran inactivas, de las inactivas 64.848 estaban vinculadas a los quehaceres domésticos y 19.306 eran estudiantes.

TOTAL HOMBRES MAYORES DE 12 AÑOS ECONOMICAMENTE ACTIVOS	ACTIVOS	INACTIVOS	DESGLOSE DE LA POBLACIÓN INACTIVA		
			ESTUDIANTES	QUEHACERES DOMÉSTICOS	OTROS
106.396	78.109	28.287	23.703	142	4.442
Porcentaje equivalente	73.4%	26.5%	83.7%	0.5%	15.7%
TOTAL MUJERES MAYORES DE 12 AÑOS ECONOMICAMENTE ACTIVAS	ACTIVAS	INACTIVAS	ESTUDIANTES	QUEHACERES DOMÉSTICOS	OTROS
125.599	38.863	86.713	19.306	64.848	2.559
Porcentaje equivalente	30.9%	69.1%	74.7%	22.2%	2.95%

**Tabla no. 1: Población masculina y femenina económicamente activa, mayor de 12 años, según el Censo de Población de 1960.**

**Elaboración: propia**

“El Tercer Censo de Población” realizado por la Dirección de Censos Nacionales de la Junta Nacional de Planificación, en el año de 1974, refleja que la población económicamente activa masculina asciende a un total de 135.760 individuos y la inactiva a 56.563; de la población inactiva 49.071 son estudiantes y 1.030 se dedican a quehaceres domésticos, 5.792 son jubilados. La población económicamente activa femenina alcanza un

total de 70.592 personas, las inactivas 149.178, de las cuales 43.913 son estudiantes; 103.747 se dedican a los quehaceres domésticos, y 1.144 son jubiladas.

TOTAL HOMBRES MAYORES DE 12 AÑOS ECONOMICAMENTE ACTIVOS	ACTIVOS	INACTIVOS	DESGLOSE DE LA POBLACIÓN INACTIVA		
			ESTUDIANTES	QUEHACERES DOMÉSTICOS	JUBILA DOS
194.995	135.760	56.563	49.071	1.030	5.792
Porcentaje equivalente	69.6%	29. %	86.7%	1.12%	10.2%
TOTAL MUJERES MAYORES DE 12 AÑOS ECONOMICAMENT E ACTIVAS	ACTIVAS	INACTIVAS	ESTUDIANTES	QUEHACERES DOMÉSTICOS	JUBILA DOS
222.401	70.592	149.178	43.913	103.747	1,144
Porcentaje equivalente	31.7%	67.3%	29.4%	69.5%	0.71%

**Tabla 2: Población masculina y femenina mayor de 12 años económicamente activa según el Censo de Población y Vivienda de 1974.**  
Elaboración: propia

Los datos que arrojan los dos censos dan cuenta de que tanto en 1960 con un 73.4% como en 1974 con un 69.6% son los hombres quienes realizaban mayoritariamente actividades consideradas económicamente activas, mientras las mujeres con un 69.1% en 1960 y con un 67.3% fueron quienes realizaron actividades consideradas económicamente inactivas como aquellas vinculadas a los quehaceres domésticos. Si frente a estos datos, tomamos como referente el criterio de Weiss, de que el “nuevo ciudadano” era aquel que trabajaba por el desarrollo de la nación, parecería que los hombres económicamente activos eran quienes más se acercaron al nuevo modelo de ciudadanía.

Los hombres del sector medio en edad de trabajar, que habitaban en la ciudad de Quito, en los años sesenta y setenta estaban ubicados laboralmente, igual que sucedía con los hombres del sector medio de las décadas anteriores, en las diferentes dependencias del Estado, como ministerios, fuerzas armadas y municipio en donde ocupaban cargos medios y en ocasiones cargos altos. Los hombres que trabajaban en el sector privado, lo hacían en la banca, en la incipiente industria o en el comercio. Esto, de alguna manera permitió, que por su trabajo estuvieran ligados a los asuntos de interés económico y político tanto del ámbito local y como del nacional y que de alguna manera se relacionaran con los personajes que ejercían cargos de autoridad y responsabilidad política

La oficialidad militar durante los períodos de dictaduras (1963-1966), (1972-1979) irrumpió en el sector público asumiendo cargos políticos y administrativos de alta responsabilidad e interviniendo de manera activa en las decisiones de Estado. Es así que durante estas dos décadas los hombres de clase media, habitantes de la ciudad, civiles y militares, todavía dominaban el escenario público, político y social del país. La trayectoria de mis entrevistados permite recorrer, en un caso, la ruta de un ascenso social relativamente rápido, algo que difícilmente se daba en el caso de las mujeres. Y en el otro la “naturalidad” con que se relacionaban con el espacio público y con personajes de la política nacional.

En el 71 me separo de ejército porque no me alcanzaba el sueldo, en el mejor momento de mi carrera militar, cuando la junta militar gobernaba el país, ganaba 2.500 sucres no me alcanzaba para siete hijos, ya iban a la secundaria, a los 15 días de haber salido del ejército me nombran gerente de los Ferrocarriles del Norte y ganaba 7.999 sucres, eso influye para que no le dé impulso a la empresa de mi mujer, ya tenía un buen sueldo, después paso a ganar un mejor sueldo como Ingeniero Técnico de la Aviación Civil, después paso a una empresa de construcciones viales con un sueldo de 20.000 sucres, todo esto en menos de un año, después paso 12 años a trabajar en una compañía Sepa, después paso a trabajar en CEPE, en la actual Petro-Ecuador (Jorge Araujo, entrevista, 2009).

En la dictadura del 63 era ayudante del subsecretario de Defensa, después me fui a Israel, Grecia y Roma con el Ministro...Del 66 al 68 fui edecán del Otto Arosemena por dos años, a él le nombró el Congreso Presidente interino, el edecán es una especie de guardaespaldas elegante y ayudante confidencial del presidente, en el aspecto personal, de Estado no, para eso es el gabinete (Alejandro Solís, entrevista, 2007).



Se puede sostener que en la ciudad de Quito, epicentro de las reformas y escenario de la modernidad, para estas décadas todavía se mantenía un ordenamiento social, en el que algunos hombres ejercían el control sobre los demás grupos de hombres, sobre las mujeres, y sobre minorías étnicas. Y que el acceso al trabajo y con él a instancias de poder y autoridad, sigue constituyendo uno de los ejes sobre los que se construye el ideal de masculinidad hegemónica. Para Troya, en cada sociedad y estrato específico predominan uno de los tipos de masculinidad, concebida como masculinidad hegemónica. Se la entiende como una forma culturalmente idealizada, un proyecto personal y colectivo, que se presenta como natural y está socialmente sustentado (Troya, 2001: 81).

Morgan (1992) señala que los más recientes estudios sobre hombres concuerdan en que el trabajo, tanto en el sentido general como específico, es asumido por los hombres como una de las bases principales de lo que significa ser hombre (Morgan citada en Troya, 2001: 82). A la actividad laboral como espacio privilegiado de construcción de la identidad masculina, se suman otros espacios y prácticas.

### **Deporte y recreación**

Los hombres de clase media disfrutaban de manera diferenciada espacios y actividades de recreación con las esposas, la familia, los amigos/as y conocidos. Cuando deporte y recreación se juntan producen espacios de homo-sociabilidad.

Como vimos en el capítulo anterior, la afición y práctica del fútbol tienen una importancia significativa en la construcción de identidades de género pues este deporte permite actuar públicamente, “una masculinidad” que tiene unas convenciones, unas fórmulas, una gestualidad, un manejo del cuerpo específicos, conocidas y adquiridas por los hombres desde su infancia y que se ponen en juego y se prueban frente a otros hombres. A la medida que los hombres se convierten en adultos, el deporte, especialmente el fútbol, se convierte también en un referente en la constitución de otras dimensiones identitarias como las de clase, pertenencia local, regional, en Ecuador esto se ve alimentado con el apareamiento del fútbol profesional.

El Nacional se forma en el 63 y comienza a funcionar en el 64, pero yo ya no jugué en el profesional, el Aucas se forma en el Oriente, por eso lleva el nombre de Aucas, por los jugadores que trabajaban en la Shell, que fue la primera exploradora de petróleo aquí, la Shell explora el petróleo aquí desde el 63 y encuentra, pero cuando el petróleo de esa época no tenía el grado que se necesitaba para ser comercial volvían a tapan los pozos... los equipo de Quito eran los que hay ahora, la Liga, el Quito, la Católica, el único año que la Católica fue campeón fue el año que entró el Nacional. En Guayaquil había el Emelec y el Barcelona, el Valdez y otro equipo más que no me acuerdo, costado por los ingenios azucareros, estos como tenían plata, tenían buenos equipos para todo. ... Yo soy uno de los fundadores de "el Nacional", es el equipo de los militares, todos aportamos de nuestros sueldos a mantenerlo, hasta ahora es así, cuando empezó a jugar "el Nacional", íbamos al estadio a acompañarle a los partidos, ahí nos encontrábamos los amigo- hinchas, cuando jugábamos con el "Emelec" siempre terminábamos en bronca. A mis hijos les lleve desde pequeñitos al estadio, en ese tiempo el del Arbolito, para que le vean jugar a mi equipo (Ídem).

El juego de fútbol ha proporcionado a los hombres un escenario, unos guiones, unas narrativas, unos adversarios, que han contribuido a representar la masculinidad en público, pero ahora esa representación va más allá de la calle del barrio, de la plaza, del parque, ahora se ejecuta en un gran escenario: el estadio, ahí el hincha construye un nosotros incluyente, con los otros hombres que se identifican con su mismo equipo,

... se da un sentido de apropiación colectiva del espectáculo del cual es parte (jugador número 12), dado que ahí se representa y es representado. Cuando el espectador va al fútbol, previamente, ha tomado posición sobre los contendientes a los que va a ver; lleva una carga de emotividad (pasión, identidad, simbología) que le convierte en parte del espectáculo y del fútbol porque asume la condición de actor (Carrión, 1999).

Espectáculo, en donde no solo se enfrentan dos equipos contendientes, si no el público también, no está libre de violencia explícita y como dice Carrión de "violencia racionalizada", sea en la cancha, entre los hinchas en el estadio o fuera de él.

### **Espacio público y piropos.**

La caballerosidad y la galantería como formas de representación privilegiadas en la relación de los hombres con las mujeres, consideradas como objeto de conquista, fue expuesta en el capítulo anterior. Aquí quisiera dirigir la atención a un recurso utilizado por los hombres también durante el proceso de conquista: el piropo. Aunque este recurso era usado por los hombres independientemente de su extracción social y dirigido a mujeres,

independientemente de su posición social, también sirve de diferenciador social pues el lenguaje que se utiliza, la capacidad de hacer metáforas de quien piropea, la sutileza y fineza del piropo puede hablar de la clase social o nivel educativo de quien lo emite.

Según Pedro Mayorga, de 78 años, para decir un piropo era necesario ser caballero, galante y respetuoso, aunque no muy guapo. “Lo que se escucha hoy en la calle no es un piropo. Antes las mujeres hasta se querían casar con uno cuando escuchaban un buen piropo”. En eso coincide Marco Carrillo, de 72 años, él cree que ésta forma de galanteo era un don, ya que no todos los hombres tenían la sutileza para conquistar una mujer. (Diario El Comercio, 2009. “Los Piropos, una tradicional forma de enamorar”, pág. 13: noviembre 17).

¿Por qué abordar el tema del piropo en la década del sesenta y setenta y no en las anteriores? Pues porque, en estas décadas, gracias a una ligera liberación de las costumbres en aspectos de trabajo, educación, consumo y movilidad residencial, las mujeres podían transitar con mayor frecuencia por las calles de la ciudad, eso significaba que podían ser vistas con mayor frecuencia por los hombres; entonces las oportunidades de “piropear” eran mayores. Además si consideramos al piropo en una perspectiva de género podemos ver que la masculinidad es, literalmente, actuada por los hombres en público a través del piropo, “Castro cuenta que fue su hermano que le enseñó a conquistar de esa forma. Yo era tímido pero cuando mi hermano me enseñó ya pude conseguir enamorada” (Ídem).

Entonces el hecho de que las mujeres transiten por calles, parques, plazas de la ciudad era una condición que necesaria para que ellos pudieran lanzarse a piropear. En relación a esto Andrade sostiene que el piropo

“... es también una forma de gestualidad, de disposición del cuerpo y de la mirada para imponerse a los ojos de una mujer. Los hombres construyen cotidianamente su masculinidad no solamente frente a mujeres, sino primordialmente frente a otros hombres. Así, generalmente los piropos ocurren cuando otros miembros del grupo masculino están presentes para atestiguar la creatividad verbal de quien lo lanza. Es cierto que la mujer es, en tanto objeto, la causa del piropo, pero la audiencia receptora es otra: es el grupo de amigos, y, por tanto, se busca efectivamente una validación de las habilidades masculinas no frente a la mujer sino frente a los hombres. En este sentido, los piropos son la expresión de una dimensión de la masculinidad, aquella que se construye en el espacio público” (Andrade, 2001: 22-23).

## **Nuevos espacios para la residencia**

El abandono paulatino del centro de Quito, como lugar de residencia y el desplazamiento hacia nuevos sectores en Quito, por parte de los sectores medios se da, como se había mencionado, gracias a que este grupo poblacional gozaba de un trabajo estable, con salario fijo y amparado en la Seguridad Social y también a "Los auges de las lotizaciones que se dieron a partir de la divulgación del Plan Jones en 1945, que sólo en el papel ya tuvo la virtud de valorizar zonas que parecían tener futuro. Otro auge inmediato, lo marca el inicio de las lotizaciones comerciales hacia 1952. Y el mayor de todos hacia 1963, con la aparición de las mutualistas, cooperativas y las instituciones nacionales de vivienda, Banco, Instituto, etc. (Banderas, 1967: 22 citado en Carrión, 1984: 140)

Lo que provoca, que a partir de la década del 60, la ciudad exprese en su organización y criterios de planificación urbana, una segregación territorial basada en la diferenciación social de sus habitantes, Carrión sostiene que se da una separación creciente entre zonas de vivienda reservadas a estratos sociales más acomodados y las zonas de vivienda popular; tenemos al norte los sectores de altos ingresos, al centro las formas tugurizadas y al sur los estratos de bajos ingresos y una fragmentación generalizada de las 'funciones urbanas' diseminadas en zonas geográficas distintas y cada vez más especializadas: zonas de oficina, zona industrial, zonas de vivienda, etc.(Carrión, 1984: 131-134).

La Magdalena, era un barrio pobre y un compañero que vivía en la Villaflora me molestaba y me decía -¿dónde ha ido a vivir loquito?, sus hijas se han de casar con obreros de manga-...mi mujer con visión más amplia, más clara compra el terreno de la buena casa que tuve que en el pasaje San Gabriel, en la Jorge Juan, (1960) era un barrio lindo, de clase media alta, la gente se va moviendo para ir mejorando (Jorge Araujo, entrevista, 2009).

Se impone así una modificación del escenario urbano impulsado por la normativa de planificación municipal y por los dueños de tierra, ex hacendatarios, que convierten su tierra, antes destinada a actividades agrícolas y ganaderas, en capital de la industria inmobiliaria, que estaba despuntando en estas décadas, al mismo tiempo que se modifica espacialmente la ciudad se impone nuevos estilos de vida, ligados al confort, la higiene, la

independencia, que son asumidos como propios por sectores medios y altos. Los sectores medios se ubican espacialmente, de forma preferente en la zona norte y adquieren su vivienda propia, a través de préstamos hipotecarios otorgados por la Caja del Seguro, o mutualistas y/o bancos. Estos préstamos son otorgados en base a un ingreso fijo, generalmente obtenido como salario, quienes están en la capacidad de optar por este tipo de préstamos son los hombres vinculados a un trabajo fijo. Las mujeres que trabajaban podían hacer préstamos complementarios al de su esposo en la Caja del Seguro, pero a las mujeres solteras, viudas o divorciadas se les ponían muchos obstáculos para acceder a estos préstamos.

La mayoría de matrimonios sacaba el préstamo del seguro, aunque no necesite, porque era fácil, el Pepe por su parte pagaba 390, me parece. Y yo por mi parte pagaba 290, así se hizo la casa, pero primero arrendamos para pagar algo del préstamo, dos inquilinos tuvimos, nos pasamos en el 63 o 64. Donde es ahora el monumento a Artigas, era la puerta de la hacienda de la María Rivadeneria, que es la que nos vendió a nosotros (Rosa Laura Rúaless, entrevista, 2009).

## **Mujeres**

Las mujeres que habitaban en la ciudad de Quito, en estas décadas habían logrado ampliar en alguna medida, como lo evidencian los datos de los dos censos, su margen de participación en actividades consideradas económicamente activas, al vincularse a puestos de trabajo tanto en la administración pública como en el sector privado.

En el Ministerio no había más de seis mujeres, de un total de 100 empleados, la mayoría de ellas éramos secretarias del despacho y trabajábamos por turnos, porque los ministros trabajaban en dos jornadas y hasta las ocho de la noche, especialmente los costeños (Lola Delgado, entrevista, 2008).

Durante toda la primera mitad del siglo XX y las dos primeras décadas de la segunda mitad del siglo convivieron en Quito formas pre-modernas y modernas de organización y diferenciación social, cultural y espacial, es a partir de la década del setenta, y con ella el inicio del boom petrolero otro Quito y otro Ecuador empiezan a vislumbrarse...

Los jefes de los departamentos más importantes eran hombres: Cuentas Corrientes, Cartera, pero si había mujeres en las jefaturas, como el Banco Popular antes era colombo-ecuadoriano y pasó a ser solo ecuatoriano, me imagino que preferían mujeres antes que hombres porque les pagaban menos. En la Previsora tuvieron cargos altos la

Fabiola y otra, que no me acuerdo el nombre, aunque la mayoría eran varones (Rosa Laura Rúaless, entrevista, 2009).

...llegué a Subgerente de Agencia, en la agencia de la avenida Patria frente al Ejido, después fui al norte de Gerente, pero no me acuerdo los años, fui la primera mujer Gerente, de la Sierra por lo menos, de la Costa no sé. La autoridad frente a una mujer era más difícil de conseguir, yo sí creo (Ídem).

Esta condición de empleadas, no les desligaba de sus responsabilidades en la administración del hogar, ni en la crianza de los hijos, para la época seguían teniendo un peso extremadamente fuerte las concepciones que señalan a la familia nuclear patriarcal como orden natural, en la que hombres y mujeres cumplían roles distintos. Así, la mujer, de clase media, podía trabajar remunerada mente siempre que no “abandone sus responsabilidades” en el hogar ni el cuidado de los hijos, ni el bienestar del esposo y siempre que se pueda seguir ejerciendo control sobre sus actuaciones y decisiones. “La consigna era que las mujeres debían volverse múltiples para cumplir, al mismo tiempo, su función de amas de casa, esposas y madres, y esto fue posible gracias a la ayuda de las mujeres de la familia y de la empleada doméstica, porque los maridos no participaban, de ninguna manera, en las tareas del hogar” (Goetschel, 1999: 80).

Y además de buenas esposas, madres y profesionales, estas mujeres de clase media, no podían escapar a “los dictados de la moda y el consumo, que son otras formas de sujeción y control” (Ídem: 81) como ya se había mencionado en el capítulo anterior. A partir de mediados de los sesenta, los dictados de la moda y consumo se filtraban por un nuevo medio de comunicación de masas: “la televisión” que difundía las tendencias provenientes de Estados Unidos, especialmente. “...después se impuso todo lo americano en 1970 y la gente empezó a emigrar de aquí” (Anita María Espín, entrevista, 2008).

La vinculación con actividades remuneradas en el sector público o en el privado, y en ocasiones viajes al exterior, permitieron a las mujeres incursionar en ámbitos fuera de lo doméstico y enfrentarse a concepciones difícilmente cuestionadas en épocas anteriores, como aquellas que sostenían que “el matrimonio es para siempre, y lo que Dios une, no lo separe el hombre”, gracias a lo cual pudieron asumir la posibilidad de un divorcio o una separación cuando consideraban que las condiciones en las que se desenvolvía su

matrimonio no eran las mejores para ellas; sin embargo, una mujer del sector medio que se separaba, todavía podía ser atraída “al redil”, es decir atraída nuevamente a su hogar paterno. El regreso a la casa de los padres era muchas veces la única posibilidad de mantener un estatus y una respetabilidad.

En el 58 me fui a Estados Unidos... En 1960 que yo regresé de EEUU, me separé y no le volví ni a regresar a ver, ni a decirle estoy aquí, sino habría seguido la función y estaría muerta. Yo vine decidida, dije a este le dejo y hasta luego....el creo que ya se olía, me decía cosas miedosa, no miedosas (Lola Delgado, entrevista, 2008).

Una amiga me llamó para que le vaya ayudar al Ministerio, hasta que un día el Ministro que era de la Costa me dice -niña ¿cuándo te están pagando?-, -nada-, -¿cuándo tiempo estas aquí?-, -unos cuatro meses-. Ese rato le llamó al jefe de personal para que me arregle la cosa, ahí me dieron un contrato con novecientos sucres, la pensión de mi hija en “el Americano” era cuatrocientos sucres y el resto me quedaba para la ropa de ella y las guaraguas, porque yo regresé a vivir con mis papas (Ídem).

Nuevos espacios eran conquistados lentamente por mujeres del sector medio, sin embargo muchas, la mayoría, según los datos que arrojan los censo de 1962 y 1974, no pudieron escapar del espacio doméstico, que les condenaba a cumplir los tradicionales roles femeninos.

..él (esposo) era de tipo machista, dominada yo, cuando nació mi primera hija (1963), ya no salí para nada, después me encerré con mis hijos. Ya no me llevaba a nada, el tenía sus compromisos, se daba la buena vida, y yo en la casa, estaba con la niña tierna, ¡que hubiera salido!, después a los once meses de lo que nació mi primera hija, nació la segunda, ahí peor, con dos, ¡imposible! Alguna vez que había un compromiso que tenían que ir con las señoras me llevaba, le pedía a mis sobrinas, que les cuiden a mis hijas, solo en ellas confiaba, en empleadas ¡qué va!, me decía, no sales entonces. Yo sufrí mucho, para mí fue un cambio brusco, figúrate en mi casa, tratada con tanta delicadeza por mis hermanos, yo me pasaba llorando, una amiga que sabía lo que me pasaba, me decía que no llore, que me tengo que acostumbrar, porque no hay nada que hacer en éste caso (Fabiola Jaramillo, entrevista, 2009).

La mujer, considerada Diosa y reina durante el proceso de conquista, a la que se le dan serenatas y se le dicen piropos, después de ser conquistada, pasa a representar la imagen de la madre y la mujer de la casa, “así parece que una vez conquistada se vuelve invisible”. (Goetschel, 1999).

Del sector medio, las mujeres, que menos posibilidades tuvieron para salir de los tradicionales roles femeninos fueron las casadas con oficiales del ejército, mientras sus

maridos ascendían en la carrera militar, se profesionalizan a ritmos exigentes para poder acceder a los ascensos previstos en la milicia y para asumir puestos de autoridad y responsabilidad tanto dentro del ejército como en el sector de la administración pública, durante los períodos en que las dictaduras controlaron el país; ellas debían asumir completamente la responsabilidad de la reproducción moral, cultural y social de la familia. Mientras ellos ascendían profesionalmente, ellas en casa estaban cuidando a sus hijos, haciendo milagros con el sueldo fijo y no muy alto de sus maridos, para sostener familias que tenían un promedio de cinco hijos.

Durante la década del 60 estaba dedicada a criar a mis hijos, mi tercer hijo nació en el 60, mi cuarta hija en el 63 y el quinto en el 65, cómo mi último hijo nació enfermo tuve que dedicarme por completo a él, incluso tuve que ir a rogarle a la esposa del Presidente de la República, ya que mi esposo era su edecán, que le ayude con un puesto como cónsul militar en Estados Unidos, esa oportunidad era la única que teníamos para hacerle atender allá, y yo sabía que si yo no me movía mi marido nunca iba a pedir ese puesto. En el 68 viajamos a Estados Unidos (Graciela Chiriboga, entrevista, 2007).

Pero en esta responsabilidad, casi siempre, las mujeres contaron con el apoyo de las manos de otras mujeres, sean de la familia o de mujeres contratadas como empleadas.

Cuando mi marido se fue a Panamá por seis meses, me quedé con los cuatro chiquitos, una empleada me servía todo el día, pero se fue porque se cansaba de lavar los pañales y planchar. Después tuve la María que me duró 12 años y la otra María otros doce, entre las dos 24 años, la casa era grande, todos vivían aquí. Todas las casas tenían cuartos para empleadas. Siempre tenía una lavandera por la ropa, niñera y tenía la cocinera (Ídem).

Para la década de los años setenta muchas más mujeres, del sector medio habían incursionado en el ámbito laboral, habían accedido a educación universitaria y a una profesión, pero para otras esta posibilidad era casi inexistente. Sin embargo, situaciones que desequilibraron la economía familiar, favorecieron que mujeres, sin formación profesional, tomen el desafío de asumir la provisión y la reproducción de su familia tanto en términos económicos como en términos culturales y afectivos. Muchas tuvieron que optar por actividades remuneradas relacionadas con oficios vinculados a los saberes femeninos como la costura o la venta prendas de vestir.

Cuando a mi marido le dieron de baja y le exilaron a Panamá, la situación económica se me vino encima porque les dejaron de pagar, no les dieron cesantía ni nada, unos



amigos sinceros reunieron una cantidad para pagar la pensión de los hijos, me ayudaron en un primer momento. Cuando él se fue al exilio, me quedé atada de pies y manos, le quitaron la pensión, después viene la notificación de que iban a quitarnos la casa, porque como ya no recibía sueldo se había dejado de pagar los dividendos del Seguro. Ahí es que tuve que buscar una actividad para ayudar a mi marido a enfrentar la situación económica, así que con una amiga de la infancia que cosía, nos pusimos a hacer muñecos de felpa y juegos de baño, para vender en la época de navidad que ya estaba cerca, con dos máquinas de coser pusimos como un taller en mi casa, mi amiga cortaba y cosía, yo cosía, rellenaba y daba los acabados, mis hijas me ayudaban. Después, ya en Diciembre, gracias al apoyo un amigo que me cedió un pasaje que había tenido comprado, me fui a Panamá y traje ropa de venta, igual puse como un pequeño almacén en la casa. Eso hicimos la mayoría de las esposas de los oficiales deportados. Esa época fue muy difícil, mientras el triunvirato estuvo en el gobierno, las puertas se les cerraron a los oficiales que habían participado en el intento de golpe de Estado (Ídem).

Nunca trabajó la Negra (esposa), hasta la década del setenta en que ella se pone una fábrica de confecciones en la casa y como es muy hábil y tenía visión para los negocios, que yo no tuve nunca, se puso una empresita que por mi profesión de militar y mi falta de visión no creció, lo que es ahora Maratón le pedía que trabajase con ellos, ella hacía uniformes para colegios, escuelas, es lo único en que trabajaba ella, duró unos diez años (Jorge Araujo, entrevista, 2009).

En ambos casos los desafíos asumidos por estas mujeres de clase media, les abrieron las puertas al trabajo remunerado en un momento determinado de sus vidas, permitiéndoles movilizar redes de amigos y conocidos y movilizar recursos personales para asegurar el mantenimiento de sus familias. Probablemente, estos hechos no modificaron radicalmente sus concepciones, roles y funciones, pero existe la posibilidad de que se hayan convertido en promovedoras de cambios para las generaciones que les siguieron.

### **Servicio doméstico en base a salarios.**

Para esta época las mujeres de clase media, que podían contar en sus casas con el servicio de una empleada doméstica establecían con ellas, en la mayoría de los casos, relaciones contractuales. Aunque aún existía la modalidad de recibir “muchachas” jóvenes provenientes del campo como apoyo al servicio doméstico a cambio de alimentación y vivienda, sin la obligatoriedad de pagar una remuneración, cada vez esta modalidad se daba con menos frecuencia. En todo caso, las relaciones contractuales, no lograron diluir del todo, criterios de diferenciación social e incluso de inferioridad basados en la procedencia y

costumbres de las “empleadas”. Recordemos que gracias a una serie de disposiciones y normativas estatales, municipales y educativas, “la higiene y el aseo” se habían incorporado en las prácticas cotidianas de los habitantes de Quito y convertido en *hábitus* altamente valorados por ciertos sectores sociales, los mismos que quedaron posicionados como criterios de diferenciación social de base civilizatoria.

Las empleadas venían del campo o de la costa, tuvimos una empleada negra, que era de Esmeraldas, ella vino por mi cuñada que vivía en Esmeraldas. De base todas eran desaseadas, iban aprendiendo, adquiriendo costumbres, se les enseñaba a que se bañen, no sabían vivir una casa con aseo e higiene. Aprendían y se adaptaban a cocinar, yo nunca tuve cocinera de verdad, porque cobraban más (Graciela Chiriboga, entrevista, 2007).

### **La socialización**

Los espacios de socialización para mujeres de clase media continuaron siendo, aunque cada vez con menos frecuencia para las mujeres casadas, cines, teatros, cafés, restaurantes, cuyo abanico de oferta ya no se reducía al Teatro Bolívar o al Variedades, ni al Wonder Bar o el Boris bar, pues la ciudad se había extendido. El centro había sido abandonado por las familias de sectores medios, dando paso con ellos al crecimiento longitudinal de la ciudad, de modo que los lugares de recreación y distracción para este sector en ascenso se ubicaron, preferentemente en el sector norte de la ciudad, entre ellos se pueden mencionar a los hoteles como el Hotel Quito y el Colón. Para las parejas casadas van adquiriendo mayor peso los espacios compartidos con la familia, con otros parientes y con las familias de los compañeros de trabajo de los esposos. Este tipo de reuniones adquieren en las sociedades modernas cada vez mayor importancia, pues ya no solo la familia o la parentela alimentan las relaciones sociales y las redes que en base a ellas se pueden construir. Eventos como bautizos, cumpleaños, primeras comuniones, té-juegos, bingos, son un buen medio para fortalecer y expandir las relaciones sociales en el grupo social de pertenencia.

Entre el individuo, la clase social y la sociedad nacional existen estructuras intermedias, tales como grupos, cuasi grupos, conjuntos y redes sociales que cada día son más importantes como puentes entre el contexto estructural y la acción individual en las sociedades complejas (Glukman y Eggan, 1969, citado en Adler, 1994: 186).



**Foto no. 11: Bautizo, foto del archivo personal de una de las entrevistadas.**

Las redes de relaciones sociales, encuentran otra vía para expandirse a través de la “buena educación” que las familias de los sectores medios pueden garantizar a sus hijos e hijas, adquiere importancia entonces, la selección de un “buen colegio”. Esta selección incluye a parte del interés académico, la preocupación y atención a las relaciones sociales que los hijos e hijas establecerán, las mismas que les permitirán extenderse más allá del ámbito de la familia y establecer conexiones importantes para el futuro. Para estas décadas el nivel de matriculación, según los censo de 1962 y 1972 es igualmente alto tanto en la población en edad escolar masculina como en la femenina, cada vez más se reconoce la necesidad de que tanto hijos varones como hijas mujeres asistan a una institución educativa, pero es la selección de la institución la que adquiere un peso social importante. Para el sector medio los colegios católicos privados siguen siendo una opción, pero ya entran en

escena como nuevas posibilidades los colegios privados, mixtos y con pensiones altas como el Americano y el Colegio Alemán. La profesionalización de sus hijos varones a través de estudios universitarios, adquiere gran importancia también, pero todavía la educación universitaria de sus hijas mujeres no adquiere el mismo nivel de importancia.

...(Mi hija) regresó al San Francisco de Sales, estuvo en el jardín de los Corazones de ahí paso al Americano a la secundaria, pero no se graduó en el Americano, se fue de intercambio a Estados Unidos. (Mi hijo mayor) siguió la primaria en el Borja 2, que era en la calle Olmedo, la secundaria en el San Gabriel y se graduó ahí, después pasó a la Católica, (a mi hijo menor) no le pusimos en el San Gabriel, porque tenía otro carácter y no iba a resultar mucho, había que ponerle en el sitio donde le correspondía, estuvo en el Spellman, después le pasamos al San Gabriel y se graduó en el San Gabriel. Después pasó a la Católica (Rosa Laura Rúales, entrevista, 2009).

A esta altura del siglo XX, un grupo considerable de mujeres había logrado abrirse camino en la sociedad quiteña, alcanzado posiciones en el trabajo y en los estudios que no había logrado antes, esto era solo el comienzo de las conquistas que aún estaban pendientes de alcanzar. Un artículo del diario El Comercio de Quito, logra retratar el momento que atraviesan las mujeres en esos años.

En casi todos los dominios, la mujer está llegando a posiciones que tradicionalmente se consideraron fuera de sus posibilidades. De todas formas, este estudio no pretende, ni mucho menos, probar que las mujeres están revelándose científicas, músicos, pintores de primer orden, yo creo que sus aptitudes en tales dominios pueden igualar perfectamente las de los hombres, pero sin duda serán menos numerosas las mujeres que se dediquen a cultivar esas posibilidades porque las motivaciones y aspiraciones de la mayoría continúan orientadas en otras direcciones, pero debo insistir que comenzaron solamente a salir del injusto y largo período de sujeción (El Comercio (1969). La superación material de la mujer hacia la consagración total de sus derechos”, pág. 6: mayo 11).

## **Conclusiones**

Vemos que el ordenamiento social que primó en la ciudad de Quito durante la mayor parte del siglo veinte fue predominantemente heterosexual, blanco/mestizo, y “serrano”, lo que condicionó las relaciones entre hombres y mujeres de distintos sectores sociales y sus oportunidades de ascenso social, acceso al trabajo, sector de residencia, educación y formación profesional. Sin embargo, no se puede dejar de reconocer que las reformas a nivel político, administrativo, jurídico y económico promovidas por el Estado ecuatoriano

desde inicios del siglo XX, con la intención de incorporar al país a la modernidad empezaron, a partir de las décadas de los años 60 y 70, a reflejar cambios en aspectos sociales y culturales que habían permanecido aletargados hasta la década del cincuenta, como aquellos que tenían que ver con las relaciones de género, es a partir de estas décadas que se da una amplia incorporación de la mujer a la educación primaria y secundaria, en un pequeño número, también a la universitaria, se eleva el porcentaje de mujeres vinculadas al trabajo asalariado gracias a la apertura de nuevos y diversificados espacios laborales, se regula la relación patronal con las mujeres vinculadas al servicio doméstico, entre otros. Logros de gran importancia, no obstante, sabemos que un gran número de mujeres pertenecientes al sector medio, y a otros sectores, todavía enfrentaban límites para acceder a espacios de realización y desarrollo fuera del ámbito de lo doméstico, lo que para la época, significaba que la masculinidad hegemónica y los derechos de la mujer que promulgaba el feminismo, estaban en tensión.

Por otro lado, la organización social y cultural de la sociedad en la ciudad de Quito, encuentra en estas dos décadas la forma de materializarse en la distribución espacial de la ciudad, misma que ha logrado mantenerse hasta nuestros días. La forma de ordenar la ciudad que empieza a consolidarse a partir de los años sesenta, consolida también de forma física la diferenciación de los distintos sectores sociales, esto se expresa en la división sur, centro, norte que responde a una separación de sectores de residencia en relación a procedencia social y económica de los pobladores. La oferta de servicios, se concentra en mayor o en menor medida según la importancia económica del sector urbano.

A esta suerte de la ordenación “técnica” de la ciudad por parte del Municipio, se suman, como criterios de diferenciación entre los distintos sectores urbanos, la higiene, la independencia ligada a la propiedad de una vivienda unifamiliar, las formas y los espacios de socialización, la consolidación de una red de relaciones sociales, y la cuidadosa selección de la institución educativa para los hijos e hijas, todos estos se exhibían como signos exteriores de la posición social. Así, los hábitos y las costumbres, los espacios de residencia y socialización, y el establecimiento de relaciones sociales se conciben como complementarios para el aumento y fortalecimiento del capital social (en términos de Bourdieu) de las familias del sector medio de la ciudad de Quito.

## CONCLUSIONES GENERALES

A través de los capítulos planteados en este trabajo, se ha intentado demostrar que la información que proporcionan las historias de vida, en este caso de hombres y mujeres, que habitaron en la ciudad de Quito en el período comprendido entre 1930 y 1975, son una fuente de información valiosa y pertinente, que permite, no solo un acercamiento a las percepciones y representaciones que esas personas tienen de sus experiencias individuales, sino que también nos dan una visión del contexto temporal, social y cultural en el que sus historias personales se desarrollaron. Sabemos, que la memoria es, indudablemente, un terreno pantanoso en el cual quien recuerda recupera para el presente lo que considera válido del pasado y olvida aquello que por razones poderosas e insondables ha decidido desechar, así el “ejercicio de hacer memoria” como lo denomina Halbwachs (2004) es tremendamente selectivo, pues el pasado para quien recuerda no es un acontecimiento, una historia o un simple un relato, es un proceso a través del cual se reconstituye, reconstruye y reinventa como ser en sus dimensiones individual y colectiva al mismo tiempo. Es así, que no se pretende aquí, usar las historias de vida como fuente de información para la reconstrucción de acontecimientos del pasado, sino, para entender a través de ellas *el sentido* que esos acontecimientos tuvieron para las personas que los vivieron desde la clandestinidad de su vida cotidiana. El uso de historias de vida, permite observar también que los recuerdos tienen dos dimensiones que se entrelazan permanentemente: el tiempo y el espacio, es por eso, que el lugar donde se habita, en este caso la ciudad de Quito, adquiere fundamental importancia en procesos de hacer memoria, ya que es donde las percepciones y las representaciones de los procesos vividos tienen lugar. Esto lleva a sostener que la ciudad debe ser entendida, más allá de su organización física, como campo representaciones y percepciones sociales.

La ciudad de Quito en su condición de capital de la República, fue el epicentro, en donde desde principios del siglo XX se implementaron una serie de transformaciones

económicas, políticas, legales y administrativas indispensables para consolidar un proyecto de Estado Nación, nacionalidad y ciudadanía, que se ajustará a los vientos de modernidad que recorrían América toda. Esas transformaciones adquirieron a nivel social y cultural un ritmo lento, ralentizado por la herencia del sistema patriarcal colonial que encontraba caminos para reproducirse en la cotidianidad a través de las prácticas religiosas y sus principios morales; la formación del hogar y la asignación de roles; la educación formal y los espacios y formas de socialización- recreación vividas de modo diferente por los pobladores de la ciudad, según su condición de clase, “raza”, étnica y de género. Las categorías mencionadas, se usan en el análisis social como categorías independientes para explicar el ordenamiento diferenciado que las sociedades establecen, sin embargo vemos que en la narrativa y en las representaciones que los entrevistados hacen de sus experiencias, estas se encuentran estrecha e intrincadamente vinculadas.

El ordenamiento social y sexual que rigió la ciudad de Quito durante la primera mitad del siglo XX fue predominantemente heterosexual, blanco/mestizo, y “serrano”, esto condicionó las relaciones entre hombres y mujeres, pero también las relaciones de los hombres con otros hombres pertenecientes a sectores sociales y grupos étnicos diferentes e influyó para que grandes sectores poblacionales vivieran al margen del acceso al trabajo asalariado, educación, vivienda propia, formación profesional y de la participación de la vida pública y política del país. Hacia las décadas de los años 60 y 70 algunas fronteras se fueron flexibilizando, como las de género y clase, pero sobre todo las de clase, en la flexibilización de ésta última influyeron no solo los cambios económicos surgidos de la inserción del Ecuador, aunque de forma incipiente, al modelo capitalista, y con ello el acceso de un gran sector de la población al trabajo fijo y asalariado (en la administración pública, la industria, el comercio, la banca o la prestación de servicios preferentemente); a los beneficios de la seguridad social; a la tecnificación y profesionalización de los trabajos y la democratización de la educación, sino también a costumbres y hábitos que imponían un estilo de vida que se expresaban en signos de distinción externos como la forma de vestir, la forma de moldear el cuerpo, de hablar, de comportarse en los espacios públicos, en el

aprecio por la higiene, en el gusto por lo refinado, en el establecimiento de contactos sociales claves y en la selección del sector de residencia, entre otros.

Durante toda la primera mitad del siglo XX y las dos primeras décadas de la segunda mitad del siglo, convivieron en Quito formas pre-modernas y modernas de organización y diferenciación social, cultural y espacial, es a partir de la década del setenta, y con ella el inicio del boom petrolero que otro Quito y otro Ecuador empiezan a vislumbrarse, y con ellos nuevos procesos de diferenciación y desigualdad social.



## BIBLIOGRAFÍA

- Alatorre, Javier, *Masculinidad y Clase*. Disponible en dirección electrónica, <http://www.desafio.ufba.br/gt2-001.html>, visitado en abril del 2009.
- Andrade, Xavier, y Gioconda Herrera (2001). *Masculinidades en Ecuador*. Quito: Flacso.
- Bartra, Armando (2002). "Entre la fina urdimbre de una falda". *En Luna Cornea*, número 25.
- Bourdieu, Pierre (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1985). *¿Qué significa hablar?* España: Ediciones Akal.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Carrión, Fernando (1984). "Evolución de la Forma de Organización Territorial en Quito: sus momentos históricos cruciales". En *Revista Cultura*, no. 20. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Castro, Maricruz (2002). "Feminismo y teoría cinematográfica". *En Escritos Revista del centro del Lenguaje No 25*.
- Clark, Kim (2001). "El sexo y la responsabilidad en Quito: Prostitución, Género y Estado, 1920-1950". *En Procesos Revista Ecuatoriana de Historia No. 16*, Quito: Corporación Editora Nacional.
- Clark, Kim, *La Obra Redentora. El ferrocarril y la nación en Ecuador 1895-1930*. Quito: Corporación Editora Nacional.

- Corral, Fabián y otros (2006). *Testigo del Siglo. El Ecuador visto a través del Diario el Comercio*. Quito: El Comercio.
- De la Torre, René (1996). “Religión y cultura de masas”. En *Revista Comunicación y Sociedad*, Universidad de Guadalajara No.27. México.
- Durán, Cecilia (2000). *Irrupción del sector Burócrata en el Estado ecuatoriano: 1925-1944. Perspectiva a partir del análisis de la vida cotidiana de Quito*. Quito: Abya Yala.
- Foucault, Michel (1992). *Historia de la sexualidad*, Vol. 1. México: Siglo XXI Editores.
- Frazer, Nancy (2001). “Pensando en la esfera pública: Una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente” en *Ecuador Debate*, No. 46. Ecuador
- Godelier, Maurice, *Cuerpo, Parentesco y poder (s/a). Perspectivas antropológicas y Críticas*, Quito: PUCE-Alianza Francesa-Abya-Yala.
- Goetschel, Ana María (1999). Sobre machos, adúlteras y caballeros, en *Antigua Modernidad y Memoria del Presente*, Quito: Flacso.
- Goetschel, Ana María (2003) “Imágenes de mujeres y educación: Quito en la primera mitad del siglo XX”, *Ecuador Debate*, No 59.
- Goetschel, Ana María (2007). *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas. Quito en la primera mitad del siglo XX*. Quito: Flacso-Abya Yala.
- Guerrero, Andrés (2000). “El proceso de identificación: sentido común ciudadano, ventriloquia y transescritura” en *Etnicidades*, Andrés Guerrero (comp.). Quito: Flacso.
- Guerrero, Andrés (1983). *Haciendas, Capital y Lucha de Clases Andina*. Quito: Editorial el Conejo.

- Gutiérrez, María, comp. (2007). *Género, Familia y trabajo: ruptura y continuidades, desafíos para la investigación política*. Buenos Aires: Clacso.
- Halbwachs, Maurice (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. España: Anthropos.
- Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica, División de Estadísticas y Censos (1964). *Segundo Censo de Población y Primero de Vivienda del 25 de noviembre de 1962*. Quito.
- Junta Nacional de Planificación y Coordinación de Económica, Dirección Censos Nacionales (1974). *Tercer Censo Nacional de 1974. Resultados definitivos*. Tomo I. Quito.
- Kingman, Eduardo y Tom Salman, editores (1999). “Culturas Urbanas e Identidad”. En *Antigua Modernidad y Memoria del Presente*. Quito: Flacso.
- Kingman, Eduardo (2006). “Apuntes para una historia del gremio del albañiles de Quito. Ciudad y Cultura Popular”. En *Revista Ecuatoriana de Historia no. 24*. Quito.
- Kingman, Eduardo (2006). *La ciudad y los otros. Quito, 1860-1940: Higienismo, ornato y policía*. Quito: Flacso.
- Kogan, Liuba (1993), “Género, cuerpo, sexo: Apuntes para una sociología del cuerpo”. *Debates de sociología*. No. 18, p.p. 35-51. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lamas, M. (1993). *Algunas dificultades en el uso de la categoría género*, ponencia presentada en el XII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. México
- Mannarelli, María Emma (1999) “El programa cultural del cambio se siglo: maternidad y naturaleza femenina” en *Limpias y Modernas: Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*. Lima: Ediciones Flora Tristán.
- Martuccelli, Danilo (2007), “Figuras de la dominación”. En *Cambio de Rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago: LOM.

- Muratorio, Blanca (1994), *Imágenes e Imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, Siglos XIX y XX*. Quito: Flacso.
- Moncada, José (1996. *en La nueva Historia del Ecuador*, vol. 11, Enrique Ayala (comp.). Quito: Corporación Editora Nacional.
- Olavarría, José, (2001) *Hombres identidades: crisis y globalización en Hombres e identidades masculinas: globalización, trabajo y sexualidad*, Flacso: Chile.
- Ordoñez, Angélica (2001). *La mujer Astronauta en Masculinidades en Ecuador*. Quito: Flacso.
- Pachano, Simón (2003), *Antología ciudadanía e identidad*, Quito: Flacso.
- Portelli, Alessandro (1996) *Historia y testimonios orales*. Cuauhtémoc Velasco (coord.). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Scott, Joan (1999). “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en *Sexualidad, genero y Roles*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Thompson, E.P. (1977). *La formación histórica de la Clase Obrera*, volumen 1. Barcelona: Laia.
- Troya, Pilar (2001). “No soy Machista pero.. Masculinidades en profesionales de la clase media en la ciudad de Quito”. *En Masculinidades en Ecuador*. Xavier Andrade y Gioconda Herrera (comp.). Quito: Flacso.
- Zambrano, Marta, y Cristóbal Gnecco, editores (2000). *Memorias Hegemónicas, Memorias disidentes, El pasado como política de la Historia*, Colombia: Universidad del Cauca.
- Weiss, Wendy (1999) “El Camal y los asuntos de raza y clase”, *en Antigua Modernidad y Memoria del Presente*. Kingman, Eduardo y Tom Salman, editores. Quito: Flacso.

## DOCUMENTOS

El Comercio (2009). “Los piropos, una tradicional forma de enamorar”, pág. 13: noviembre 17.

El Comercio (1969). “La superación material de la mujer hacia la consagración total de sus derechos”, pág. 6: mayo 11).

## FOTOS DE PERIODICOS

El Comercio (1945). Página 2: junio 13

El comercio (1940). Página 8: febrero 16.

El Día (1940) página 2: Quito, enero 27.

## ENTREVISTAS

1. **Entrevista no. 1:** General Alejandro Solís (n. en Quito en 1925). Entrevista realizada en Quito, diciembre del 2007
2. **Entrevista no 2:** Graciela Chiriboga (n en Riobamba en 1930). Entrevista realizada en Quito, diciembre del 2007
3. **Entrevista no. 3:** Anita María Espín de López (n. en Quito el 14 de marzo del 1927). Entrevista realizada en Quito, noviembre del 2008
4. **Entrevista no. 4:** Fanny Alicia alborno Ballesteros (n. en 1919). Entrevista realizada en Quito, octubre del 2008.
5. **Entrevista no. 5:** Lola Delgado, (n. en Quito en 1939 aprox.). Entrevista realizada en Quito, noviembre del 2008
6. **Entrevista No. 6:** Cnel. de Jorge Araujo (n en 1923). Entrevista realizada en Quito, en febrero del 2009
7. **Entrevista no. 7:** Fabiola Jaramillo (nacida en Riobamba en). Entrevista realizada en marzo del 2009

8. **Entrevista no. 8:** Victoria Zapata, (n. en Quito). Entrevista en Quito en abril del 2009
  9. **Entrevista no. 9:** Rosa Laura Rúaies, (n. en Quito, en 1926). Entrevista realizada en Quito, septiembre del 2009
-